

[DE NOE Y EL ARCA.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE NOE Y EL ARCA.

Aunque no cabe duda de que el libro sobre Noé y el Arca, o más bien, como lo cita Agustín (Cont. Jul. Pelag., l. II, c. 2, y l. IV, cont. duas epist. Pel. c. 11), y en el códice de Corbie se denomina, sobre el Arca de Noé, debe atribuirse a Ambrosio; sin embargo, no se puede afirmar de ninguna manera que haya llegado a nuestra época íntegro y completamente incorrupto. De hecho, está interrumpido por lagunas tanto más frecuentes como evidentes, que no se puede dejar de lamentar la injuria del tiempo sobre él, o acusar una increíble negligencia de los escribas. En verdad, para no presentar aquí todos los ejemplos de tales omisiones, que se indicarán en sus respectivos lugares, se puede percibir una evidente y enorme incongruencia en aquellas palabras del cap. 25: Pero si alguien no puede ofrecerse banquetes más fuertes, que tenga pasiones de tal tipo que no dañen, sino que deleiten. Por eso, al principio Moisés nos informó e instruyó sobre la insuflación del alma, para que no nos desviáramos por las diversas opiniones de los filósofos, etc. ¿Qué coherencia y secuencia de sentido hay aquí, por favor? Pero se hará evidente al leer el capítulo desde el principio que no solo se ha omitido aquel versículo del Génesis: Sin embargo, no comeréis carne con su vida, es decir, su sangre (Gen., IX, 5), sino que también faltan todas aquellas explicaciones que el santo doctor había dado sobre estas mismas palabras, y de donde había concluido de esta manera: Por eso, al principio, etc. Por lo tanto, está claro que esta obra de Ambrosio está mutilada; y no es de extrañar, si lo que Agustín citó de ella más de una vez (Loc. citat.), ya no se encuentra allí. Es lamentable que los mejores manuscritos se hayan perdido, y que solo hayamos encontrado los defectuosos y gravemente corruptos. Sin embargo, gracias a los que hemos podido obtener, y principalmente al beneficio de los códices de Corbie, Longipontino y del Vaticano, hemos eliminado no pocos ni leves defectos que se habían infiltrado en las ediciones, y presentamos esta obra mucho más corregida.

En esta obra, el propósito general de Ambrosio fue describir la vida, costumbres, hechos y profundidad mental de Noé el santo (Cap. I, n. 1); pero su principal preocupación se centró en explicar la construcción del arca y el diluvio universal. Examina cuidadosamente cada parte de esta sagrada historia, y se esfuerza con toda diligencia por expresar tanto el sentido literal como el espiritual, o como él mismo lo llama, el sentido más elevado, de modo que no encontrarás otra de sus obras donde haya investigado y extraído con mayor dedicación ambos sentidos. Allí también presenta repetidamente las opiniones de otros con mucha erudición; sin embargo, si se le ocurre algo que parece preferible, lo propone con franqueza y sin ninguna arrogancia.

En cuanto a los escritos de Filón, aunque no parece improbable que haya escrito sobre el arca de Noé y el diluvio, ya que publicó tratados sobre otras partes de la historia del mismo patriarca, no podemos adivinar si realmente el santo obispo tuvo algún libro de este autor sobre este mismo tema que pudiera imitar. Solo podemos afirmar que se encuentran en este tratado algunas cosas que fueron tomadas de los libros de Filón sobre la Agricultura y los siguientes.

Asimismo, en él se encuentran ciertas huellas de sermones (Cap. I, 13, 19); pero no lo suficientemente claras como para asegurar que fue compuesto a partir de sermones pronunciados al pueblo: sin embargo, no hay duda de que el piadoso doctor, en el tiempo que dedicaba a esta obra, frecuentemente habló en la asamblea de los fieles. Nunca habría permitido que sus consuelos faltaran a la Iglesia que le fue encomendada por Cristo cuando

parecían más necesarios. Eran ciertamente tiempos muy dolorosos, ya que lo obligaron desde el comienzo de esta obra a estallar en estas palabras: Avergüenza sobrevivir a los hijos, cansa disfrutar de esta luz cuando escuchamos tantas adversidades de los más queridos: ¿quién es tan fuerte para soportar pacientemente las diversas olas y tempestades de las mismas Iglesias, ya sea presentes o recibidas en el ánimo?

Además, esa mención de tiempos muy difíciles nos ofrece de alguna manera una guía para descubrir la época de esta escritura. No faltarán quienes piensen que no se deben entender aquí otros tiempos que aquellos en los que, tras el asesinato de Graciano y la huida de Valentiniano y Justina, una mujer arriana, enemiga de todos los ortodoxos y especialmente de Ambrosio, que no hace mucho había abusado con impotencia femenina de la Iglesia de Milán, el tirano Máximo invadió toda Italia. A esta opinión se sumará el hecho de que, dado que esos daños no ocurrieron sino en el año 387, nada podrá impedir que esta obra siga de cerca al otro libro sobre los Patriarcas. Ambrosio parece insinuar que aquellos fueron seguidos por él en el libro anterior sobre Abraham, donde prefiere: Porque me ha venido el deseo de considerar también en orden los hechos de este patriarca. Sin embargo, como lamenta esas calamidades de tal manera que parece hablar de un asunto más conocido por el oído que por la vista, creemos que esto encaja mejor en el tiempo en que, después de que el emperador Valente, quien había atormentado con gran crueldad a todas las Iglesias y a los ortodoxos, fue consumido por las llamas, una gran multitud de bárbaros devastó con fuego y espada toda Tracia e Ilírico hasta los Alpes Julianos. A esta irrupción siguieron una terrible peste y hambre que devoraron casi todo lo que había evitado las espadas bárbaras, tanto de hombres como de bestias. Además, estas cosas tienen una considerable relación con aquellas por las que encontramos que nuestro Ambrosio lamentó la muerte de su querido hermano Sátiro, fallecido casi al mismo tiempo. Tampoco creemos que este libro esté tan conectado con otras obras sobre los Patriarcas que no pudiera haberlas precedido por algunos años. Esta opinión se ve favorecida tanto porque aquellas parecen haber sido publicadas en tiempos pacíficos, no turbulentos, como porque al inicio del libro sobre José, cuando enumera a otros patriarcas, parece haber olvidado que ya había escrito sobre Noé. Por estas razones, no se nos ocurre nada más verosímil que atribuir esta obra al año 379; bajo cuyo tiempo también los cronistas (Próspero, Casiodoro, y otros) atestiguan que Ambrosio escribió muchas cosas sublimes. Pues aunque Baronio y quienes siguieron su autoridad niegan que los libros sobre los Oficios (lib. I, c. 19) en los que se cita el que discutimos, puedan ser anteriores al año 377, no nos será fácil coincidir con ellos en este asunto. Pero este será otro lugar para examinar esta dificultad. Mientras tanto, no creemos que deba omitirse que Ambrosio en este libro sobre Noé y el Arca (cap. 17) reveló que el uso de las Indicciones en Italia fue adoptado en memoria reciente.

LIBRO ÚNICO DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE NOÉ Y EL ARCA. (C)

227 CAPÍTULO I.

Que el justo Noé, quien fue dejado para renovar la semilla de los hombres, debe ser propuesto como ejemplo para todos; para que también nosotros descansemos de toda preocupación de este mundo y de las obras de iniquidad.

1. Nos disponemos a explicar, si podemos, la vida, costumbres, hechos y también la profundidad mental de Noé el santo. Pues aunque la misma profecía (Jer. XVII, 9) ha dicho que nada es más difícil que comprender el interior del hombre, ¿cuánto más difícil es conocer

la mente de un hombre justo? En efecto, aquel a quien el Señor Dios reservó para renovar la semilla de los hombres, para que fuera semillero de justicia; es digno que también nosotros lo describamos para la imitación de todos, y descansemos en él de toda preocupación de este mundo, que diariamente soportamos con diversas agitaciones. Avergüenza sobrevivir a los hijos, cansa disfrutar de esta luz cuando escuchamos tantas adversidades de los más queridos: ¿quién es tan fuerte para soportar pacientemente las diversas olas y tempestades de las mismas Iglesias, ya sea presentes o recibidas en el ánimo? Y por eso también nosotros debimos buscar este descanso; para que mientras consideramos a Noé el santo con mayor atención, también nosotros seamos restaurados, así como todo género descansó en él de sus obras y tristeza.

2. De donde también se dice Noé, que en latín significa justo o descanso. Finalmente, sus padres dijeron: Porque este nos hará descansar de nuestras obras, y de la tristeza, y de la tierra que maldijo el Señor Dios (Gen. V, 29). Lo cual, si crees que debe referirse a lo que sucedió, ya que el diluvio ocurrió bajo él, no parece que se haya traído descanso a los hombres, sino destrucción; ni remisión de males, sino cúmulo de miserias. Pero si consideras la mente del hombre justo, adviertes que la justicia es la única que nace para otros más que para sí misma; no busca lo que es útil para sí, sino lo que es para todos: esta nos hace descansar de las obras de iniquidad, esta nos aparta de la tristeza; porque mientras hacemos lo que es justo, no tememos con la seguridad de una conciencia pura, no sufrimos un dolor grave. Pues nada hay que sea de mayor dolor que la culpa. Descansemos también de todo cuidado de la vida terrena, que frecuentemente atormenta nuestro cuerpo y alma con dolores, y desgasta la vida.

CAPÍTULO II.

Qué significan los nombres de los hijos de Noé; y qué orden tienen al ser enumerados. Esto se expone con el ejemplo de un ejército dispuesto y el mismo orden de la naturaleza. Finalmente, se explica ampliamente por qué se invierte el orden al declarar sus generaciones.

3. A este le nacieron tres hijos, Sem, Cam, Jafet. Estos nombres significan bueno, malo e indiferente, de modo que parece que tuvo la gracia de la bondad por naturaleza, y no le faltaron las tentaciones del mal, y que abundó en cosas indiferentes, es decir, como en un mobiliario de virtudes. Pero la razón por la cual puso el mal en medio es evidente; porque el bien de la naturaleza está en todos: no los arroja a la luz como naufragos, sino que los sostiene con fuerzas; para que no sean oprimidos por las tentaciones de la maldad, ni sucumban como débiles: sino que los protege y viste como con ciertos revestimientos indiferentes, que son salud, buena salud, belleza, agilidad, riquezas, gloria, nobleza de linaje; para que, dotados de ese don, defiendan la bondad de la naturaleza, y encierren ese mal, para que no pueda dañar, y lo estrangulen como encerrado.

4. ¿No vemos como un ejército de virtudes ordenado para la batalla; de modo que los inferiores estén en medio, y los más fuertes a la derecha e izquierda como en los cuernos, por los cuales todo el ejército recibe fuerza? De donde también un poeta griego dijo: *κακούς δ' ἐς μέσσον ἔλασσε* (Homero, *Ilíada*. Δ), esto es, pero a los malos los puso en medio. Así, pues, la naturaleza como un buen líder, bajo el mandato de Dios, que sabe generarnos para las batallas de este mundo; lo que tiene de bueno, lo coloca en el primer orden; lo que estorba, en el segundo; lo que ayuda, en el tercero: para que, como un enemigo encerrado en medio, sea oprimido por fuerzas duplicadas dondequiera que se dirija; para que no se fatiguen como en batallas igualadas, y tenga la facultad de escapar de las estrecheces naturales, y de extenderse más ampliamente.

5. Pero porque donde se generan, este es el orden: pero donde generan, Jafet se escribe en primer lugar, Cam en tercero; por eso, para que nadie piense que hemos dicho cosas contrarias en los posteriores, también debe explicarse la razón de ese lugar. El bien que está como en una cierta nobleza de la naturaleza, precede: el mal sigue; pues son pensamientos de la mente contrarios, que ciertamente surgen después. Estos, mientras están como encerrados dentro, y no germinan como en hierbas, se fomentan en el seno de una buena mente, para que no salgan. Pues mientras el mal está en la voluntad, no en ἐντελεχείᾳ, esto es, en obra y efecto, la bondad de la mente del gobernante como de un auriga refrena o frena la maldad que intenta irrumpir: pero cuando ha hervido, y ha estallado en úlcera, para que no pueda extenderse más ampliamente, y contaminar lo vecino; entonces sucede una justa providencia, para que lo indiferente que comúnmente se dice segundo al bien, no ceda el lugar, cuando ya no puede resistir al mal ferviente. Por lo tanto, para que no extienda más ampliamente su veneno nocivo, y contamine a muchos generando corrupciones, primero aquel bien que es naturalmente bueno, mientras cambia de lugar, cambia de orden; para que como si ayudara al ala que más trabaja, y asuma esa parte del ejército que más trabaja; pues la virtud del guerrero es necesaria en los lugares más difíciles; así como también la presencia del buen guardián es más frecuente donde los muros son más frágiles. Y para que ninguna parte esté sin defensor, mientras aquel bien sostiene las partes más inclinadas, entonces lo indiferente asume el lugar superior, como si se le asignara esa parte por un bien más perfecto; pues nada hay más perfecto que la virtud. Las indiferencias, sin embargo, no tienen la fuerza de una virtud fuerte, pero aumentan y difunden su gracia. De donde Jafet fue llamado, lo que significa latitud en latín.

CAPÍTULO III.

Que la generación entera abundó en la procreación de hijos antes del diluvio; para que los bienes concedidos se atribuyan a la benignidad divina, y los mismos revocados y las penas impuestas se imputen a nuestra iniquidad.

6. No solo el santo Noé abundó en la generación de hijos; sino que también toda la generación se derramó al máximo en ese tiempo. Lo cual no parece ocioso. Pues antes del diluvio no debía estimarse que faltó la gracia de la fecundidad a esa generación, que los diluvios absorbieron: para que lo que fue la abundancia del género humano, se atribuya a la gracia divina; lo que siguió el diluvio, se asigne a nuestras iniquidades, que con nuestros pecados apartamos la misericordia del Señor. Así también encontrarás en los posteriores, que la fecundidad de tantos años precedió a la esterilidad de Egipto (Gen. XLI, 26 y 27). Pues es principal de la virtud comenzar con beneficios, y sembrar la gracia. De donde también David dice: Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Sal. c, 1). Precede la gracia del beneficio, sigue la censura de la sobria disciplina. Por lo tanto, es divino que se anticipen los bienes, nuestro que se cambien.

7. El mismo Dios lo declara diciendo: No permanecerá mi espíritu en los hombres, porque son carne (Gen. VI, 3). El Espíritu Santo es espíritu de sabiduría, espíritu de conocimiento. Por lo tanto, tiene sabiduría, tiene también disciplina, como también de Beseleel, quien fue ordenado por oráculo divino para hacer el tabernáculo sagrado, dice la Escritura: Porque fue lleno del espíritu de prudencia y disciplina (Éxodo XXXI, 3). Este espíritu, por lo tanto, se da a los hombres, pero no permanece. Pero por qué razón no permanece, se da la causa, porque son carne. Pues la naturaleza de la carne se opone a la disciplina, porque obedece al placer. Finalmente, solo de nuestro Señor Jesucristo está escrito: Sobre quien veas al Espíritu

descender del cielo, y permanecer sobre él, este es el que bautiza con el Espíritu Santo (Juan I, 33). Pues en él permanecía, a quien ningún impedimento de corrupción carnal lo apartaba, para que no mantuviera el orden de la disciplina incorrupta e inmixta, cuya carne no vio corrupción.

CAPÍTULO IV.

Que los hombres que vivieron en la época de Noé, semejantes a los gigantes, son aquellos que se dedican al culto de su carne. Quiénes son llamados hijos de Dios; y de qué manera se dice que Dios se enoja o se conmueve: por qué también, al ser destruidos los irracionales por el pecado del hombre, Noé encontró gracia ante Dios.

8. Había gigantes en la tierra en aquellos días (Gen. VI. 4). No quiere el autor de la Escritura divina que se vea a esos gigantes como los hijos de la tierra al modo de los poetas: sino que afirma que fueron engendrados de ángeles y mujeres, a quienes llama con este vocablo, queriendo expresar su magnitud corporal. Y consideremos, no sea que los hombres que se dedican al culto de su carne, sin tener cuidado del alma, sean semejantes a los gigantes. Como aquellos que, según la fábula poética, nacidos de la tierra, confiados en la mole de su cuerpo, se dice que despreciaron a los superiores. ¿O deben considerarse diferentes aquellos que, aunque consisten en alma y cuerpo, desprecian el vigor de la mente, que nada tiene más precioso el alma, y se muestran como imitadores de esta carne, como herederos de la estupidez materna? Por lo tanto, trabajan en vano, usurpando el cielo con votos soberbios, y dedicándose a obras terrenales, que por elección de lo inferior, y desprecio de la compañía superior, se condenan a sí mismos a una severidad más grave por pecados voluntarios.

9. La Escritura llama a menudo a los ángeles hijos de Dios; porque las almas no son engendradas de ningún hombre. Por lo tanto, Dios no despreció llamar hijos suyos a los hombres de vida probada. Así como los hombres de vida probada son llamados hijos de Dios (Job I, 6): así decimos que aquellos cuyas obras son carnales, son hijos de la carne por la autoridad de las Escrituras (Sal. LXXXI, 6). Pues dice el evangelista Juan: Porque a todos los que recibieron al Señor Jesús, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan I, 12 y 13). Por eso después tienes que el Señor se enojó, porque aunque pensaba, esto es, sabía, que el hombre puesto en la región de la tierra, llevando carne, no podía estar sin pecado (pues la tierra es como un lugar de tentaciones, y la carne es la tentación de la corrupción) sin embargo, teniendo mente capaz de razón y virtud del alma infundida en el cuerpo, sin ninguna consideración cayeron en la caída, de la cual no querían retirarse. Pues Dios no piensa como los hombres, para que alguna nueva sentencia le suceda; ni se enoja como si fuera mutable: pero por eso se leen estas cosas, para expresar la gravedad de nuestros pecados, que merecieron la ofensa divina; como si la culpa hubiera crecido hasta tal punto, que incluso Dios, que naturalmente no se mueve ni por ira, ni por odio, ni por ninguna pasión, parece haber sido provocado a la ira.

10. Además, amenazó con destruir al hombre: "Desde el hombre", dice, "hasta el ganado, y desde los reptiles hasta las aves del cielo borraré" (Gén. VI, 7). ¿Qué daño habían hecho los seres irracionales? Pero como esas criaturas fueron hechas para el hombre, al ser destruido aquel para quien fueron creadas, era consecuente que también ellas fueran destruidas; porque no habría quien las utilizara. Sin embargo, en un sentido más profundo, se manifiesta que el hombre es la mente que es capaz de razón; pues el hombre se define como un animal

viviente, mortal, racional. Así, al extinguirse el principal, también se extingue todo sentido; ya que no queda nada para la salvación, cuando el fundamento de la salvación, la virtud, ha fallado. Para la condenación de los demás y para expresar la piedad divina, se dice que Noé halló gracia ante Dios. Al mismo tiempo, se muestra que la ofensa de otros no oscurece al hombre justo, cuando él mismo es reservado como semilla de toda la raza, quien no es alabado por la nobleza de su generación, sino por el mérito de su justicia y perfección. Pues la descendencia de hombres probados es la progenie de la virtud; porque así como la raza de los hombres son los hombres, así la raza de las almas son las virtudes. En efecto, las familias de los hombres se ennoblecen por el esplendor de su linaje: las almas, sin embargo, se clarifican por la gracia del esplendor de la virtud.

CAPÍTULO V.

La tierra fue corrompida por la iniquidad de los hombres; además, el tiempo de todo hombre ante el Señor se entiende de dos maneras: finalmente, se toma la carne por todo el hombre, por cuyas seducciones nuestra alma se corrompe.

11. "La tierra se corrompió ante Dios y se llenó", dice, "de iniquidad" (Gén. VI, 11). La causa de la corrupción terrenal es manifiesta, ya que la iniquidad de los hombres corrompió la tierra. Por eso el Señor Dios también dijo: "El tiempo de todo hombre ha llegado ante mí, porque la tierra está llena de sus iniquidades" (Ibid., 13). El tiempo de todos los hombres está en la presencia de Dios y en su voluntad. No está, como comúnmente se dice, atado a un decreto fatal: pero sin embargo, creo que aquí se dice de manera especial; porque en el Evangelio, el Señor, al redimir al género humano con la pasión de su cuerpo y al purificarlo con su sangre y el sacramento del bautismo, dice: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti" (Juan XVII, 1). Por lo tanto, porque en el diluvio las reliquias del género humano fueron salvadas por el arca de Noé para la semilla de la reparación y renovación futura, aquí se anticipa: "El tiempo de todo hombre ha llegado; porque la tierra está llena de sus iniquidades". Esto en figura; pero en verdad dice: "Las reliquias han sido salvadas por la elección de la gracia" (Rom. XI, 5). Por eso el Apóstol exclama diciendo: "Sobreabundó el pecado, para que sobreabundara la gracia" (Rom. V, 20).

12. "Toda carne corrompió su camino" (Gén. VI, 12). Aquí se pone carne por el hombre terrenal, en el cual la seducción de la carne corrompió su camino. Si hubiera entendido el don que recibió de Dios, ciertamente no habría permitido que la carne obstaculizara las virtudes del alma. Así, la carne fue la causa de la corrupción incluso del alma, que es como el origen y lugar de la voluptuosidad, de donde brotan como de una fuente los ríos de concupiscencias y pasiones malas, y se extienden ampliamente. Con ellos se sumerge una especie de remo del alma, cuando el mismo espíritu, vencido por ciertas tempestades y tormentas, cede su lugar. Hermosamente dice que el hombre corrompió el camino de su naturaleza. Pues su camino estaba en el paraíso, en ese sendero de bienaventuranzas, en esa flor de virtudes, y en esa gracia incorruptible, que contaminó con huellas terrenales. Otros tienen: "Su camino", es decir, de Dios. Esto suele declarar con la palabra del Señor.

CAPÍTULO VI.

Sobre la construcción del arca, en la que se describe la figura del cuerpo humano; y cómo los nidos significan las partes del mismo cuerpo humano. Cómo deben ser revestidas con betún para que se adhieran firmemente.

13. Pero ya es momento de hablar del arca de Noé, que si alguien desea considerar más profundamente, encontrará en su edificación la figura del cuerpo humano. ¿Qué significa que Dios dijo: "Hazte un arca de maderas cuadradas" (Gén. VI, 14)? Ciertamente llamamos cuadrado a aquello que está bien constituido en todas sus partes y se ajusta a sí mismo. Así, Dios, autor de nuestro cuerpo y constructor de la naturaleza, se establece, y la obra misma se significa perfecta con esas palabras. La evidencia de que los miembros del hombre son cuadrados es clara si consideras el pecho del hombre, consideras el vientre con igual medida de longitud y anchura, a menos que con placeres y banquetes el vientre distendido exceda la medida natural. Ya los pies, las manos, los brazos, los muslos y las piernas, ¿quién no advierte a simple vista que son cuadripartitos? Sin embargo, aunque muchos de ellos no tienen la misma longitud o anchura, mantienen una proporción tal que en ellos también concurren una medida y razón congruentes: la longitud es más prolongada que la anchura, la anchura que la altura. Y así como el arca de madera tiene una triple distancia; ya que prescribió que se mantuviera una longitud de trescientos codos, una anchura de cincuenta codos y una altura de treinta codos: así también en nuestro cuerpo hay una distancia máxima, media y mínima. La máxima según la longitud, la media según la anchura, la mínima según la altura: sin embargo, todo el cuerpo tejido de cada uno de los miembros parece cuadrado. Pues también en el uso es así, que llamamos cuadrados a aquellos que no son enormes en altura, y los consideramos fuertes por la calidad robusta de su cuerpo.

14. ¿Qué significa también lo que dice: "Harás nidos en el arca" (Ibid.), no debe quedar en silencio. Naturalmente, creo que se dice porque todo nuestro cuerpo está tejido como un nido; para que el espíritu vital penetre todas las partes de las entrañas y se extienda desde nuestro principal a cada uno de los miembros. Nuestros ojos son ciertos nidos, en los que se inserta la vista. Los senos de nuestras orejas son nidos, por los que se infunde el oído y se lanza como en un pozo profundo. La nariz es un nido que atrae el olor. La boca es un cuarto nido mayor que los demás, en el que se nutre el sabor hasta que crece; y de donde sale la voz. En él se esconde la lengua que, como un órgano de la voz, modula sus sonidos con una suavidad artística; y aunque es irracional, expresa una voz racional. El cráneo es un nido. La membrana que protege el cerebro y lo contiene dentro es un nido. Los pulmones y el corazón son nidos de las entrañas. El pulmón es el nido de nuestro espíritu, es decir, de aquel que tomamos y con el que nos alimentamos en esta vida; el corazón es el nido de la sangre y el espíritu. Tiene dos cavidades: una en la que recibe la sangre como en un seno y la transfiere a las venas; otra que, irrigada por la superior, la conduce a las arterias con un flujo continuo. Los huesos más fuertes también tienen nidos. Están huecos por dentro, en cuyos orificios está la médula. En las mismas entrañas más blandas hay nidos de deseo o dolor. Y si alguien considera otras cosas, encontrará aún más nidos en esta estructura del cuerpo humano. Por eso creo que aquel en el Salmo no solo lo dijo mística, sino también naturalmente: "Incluso el gorrión ha encontrado una casa, y la tórtola un nido donde poner sus polluelos" (Sal. LXXXIII, 4). Pues ya en este cuerpo hay un nido de castidad, donde antes había un nido de concupiscencia irracional. Pero donde antes la lujuria alimentaba partos deformes, ahora crece la herencia de la castidad decorosa.

15. "La cubrirás", dice, "con betún" (Gén. VI, 14). El cuerpo humano consta de muchos huesos, nervios y otras cosas. Y por fuera y por dentro, adherido con un ensamblaje adecuado, se mantiene unido y se sostiene con una cohesión propia que los griegos llaman ἄφην, para que el espíritu encerrado dentro, o la sustancia espiritual que opera dentro, no se disperse como si estuviera atado con gemelos vínculos: sino que se mantiene en una unidad adecuada y contenida, y una conexión fuerte. Por eso se ordena que el arca se selle con betún; pues el betún tiene una naturaleza muy fuerte para unir. De ahí que en griego se llame *βάφθα*,

παρὰ τοῦ συνάπτειν, porque conecta lo que está separado y lo une con un vínculo indisoluble, de modo que creas que se unen con una unidad natural. Por esta razón, el arca se sella con betún por dentro y por fuera, para que esa conexión no se rompa fácilmente.

CAPÍTULO VII.

El arca de Noé se compara con el arca de la alianza; se muestra que sus dimensiones denotan que cada parte del cuerpo humano está compuesta para algún uso y decoro.

16. En otro lugar, es decir, en Éxodo, también se recubre de oro por fuera y por dentro aquel arca (Éxod. XXV, 11), que en los santos es una imagen imitadora del mundo inteligible. Pues así como el oro precioso es superior al betún: así el arca que está en los santos es más excelente que esta. Por lo tanto, aquí simplemente se menciona la madera: pero allí se incluye madera, pero incorruptible, declarando los méritos de los santos. También añadió allí que los soportes son inmóviles, porque la posición de los santos es estable y firme; porque siguieron el camino de una vida probada con la guía de la virtud, evitando la compañía de la corrupción. Pero este arca, como en el diluvio, era impulsada aquí y allá con un movimiento incierto; porque el estado de los pecadores es móvil, y la vida de ellos, en un diluvio de pasiones desbordantes, vaga con el error de la inconstancia.

17. Tampoco debe pasarse por alto que después de haber dicho: "Y harás un arca de trescientos codos de longitud, y cincuenta codos de anchura, y treinta codos de altura", añadió: "Harás el arca recogida, y la terminarás en un codo desde lo alto" (Gén. VI, 15 y 16): para que al resto del cuerpo, la cabeza del hombre, con una medida conveniente para la gracia, se ajustara decorosamente al arca, y como un real se uniera al arca, desde donde, cuando todos los sentidos se transfirieran a las otras partes del cuerpo; entonces principalmente los ojos, como observadores y guardianes de la naturaleza, colocados por la providencia, contemplaran casi todo el estado de nuestro orbe desde arriba. Y la misma mente ubicada allí, según la opinión de muchos, y especialmente de Salomón que dice: "Los ojos del sabio están en su cabeza" (Ecles. II, 14): como en un palacio imperial, reúne un consejo de virtudes para sí, con el cual, rodeada de compañía, esté más protegida, y como desde un lugar elevado, imparta el gobierno de todo el cuerpo, emita respuestas, por las cuales podamos no solo mirar hacia atrás, ni solo ver lo que está ante nuestros pies, sino también contemplar con profunda mirada de sabiduría los secretos del mismo cielo. Allí, por lo tanto, está la suma de nuestra salvación, allí la gracia. De allí se adquiere la custodia, de allí también la belleza para todo el cuerpo, que primero florece en el rostro. Pues conviene que el esplendor del palacio real sea más excelente, en el que así como la vista es mayor, también lo es el esplendor.

18. Pues si observas cada cosa que en la forma del hombre parece estar compuesta para algún uso, como los ojos para ver, los oídos para oír, las narices para oler, la boca para hablar, así sirven para el uso, que proporcionan decoro. ¡Qué deformes son los rostros de los ciegos! Y ¿qué maravilla si el rostro del hombre sin ojos es deforme, cuando el mismo cielo sin sol no tiene su decoro? Pasamos días tristes sin sol, las noches sin luna no agradan; pues ellos son como ciertos ojos del mundo. Quita las luces de las estrellas, y hay una cierta deformidad de ceguera en el mismo cielo. Los mismos pelos que rodean el orbe de los ojos, y como si presentaran una línea de defensa, para que alguna suciedad o la niebla del polvo no dañe la pupila; y ellos mismos reciben si algo ha sido introducido que pueda dañar el ojo. Si se caen por la inflamación, qué deshonra, si el párpado es más estrecho, si se afeitan las cejas que resplandecen como si estuvieran tejidas con gemas preciosas.

19. También las orejas, así como su uso es necesario, su apariencia es decorosa: si alguien las mutila, inflige deformidad a todo el rostro. En las que la naturaleza ha elaborado su obra de tal manera; que los mismos recovecos de las cavidades, sinuados con maravillosa providencia, aportan mucha utilidad, para que el sonido no golpee repentinamente los secretos de la cabeza. Por eso, a menudo vemos a muchos consternados por un sonido repentino, y atónitos o asustados por el sonido de alguna voz o tumulto. Las mismas suciedades que se generan entre esos recovecos, como con un cierto pegamento, ligan el oído. Al mismo tiempo, si el golpe de algún sonido es más fuerte, se rompe y se retarda, para que, anunciado de antemano, más bien acaricie, que, inesperado, sacuda el interior. También si los gusanos intentan penetrar en el oído, son retenidos por una especie de pegamento de suciedades.

20. Las narices chatas parecen contra la naturaleza: ya si han sido cortadas, ¿cómo puede subsistir la vida, al eliminarse el conducto de la respiración; de qué manera se considera más el rostro de una bestia que el rostro de un hombre?

21. Los cabellos de la cabeza, qué grato manto visten la cabeza, como ciertos guardianes del palacio real; para que el cerebro no sea dañado por el aire, ni golpeado por la lluvia, ni quemado por el sol. Que, sin embargo, la naturaleza los dio de tal manera, que según el sexo o agradan más largos, o cortos; y según la edad, o a menudo según la calidad del tiempo y del año. En los ancianos, la canicie es grata, en los niños es prodigiosa: agrada cortarlos más en verano, más indulgentemente en invierno: para las mujeres, la cabellera es un adorno, para los hombres es una deshonra. Por eso el Apóstol lo expresó más claramente diciendo: "Porque la misma naturaleza os enseña que si un hombre deja crecer el cabello, es una deshonra para él; pero si una mujer tiene el cabello largo, es una gloria para ella" (I Cor. XI, 14, 15).

22. ¿Qué puedo decir del mismo palacio, por el cual salen los discursos cortesanos, ciertos indicios de nuestra mente, y mensajeros del alma? ¿Qué del mismo orden de los dientes, que aunque con su obra proporcionan fuerzas a todo el cuerpo, también son moduladores de la misma voz? De los cuales, si algunos caen, la voz cojea.

23. Hemos hablado extensamente sobre la cabeza; porque era necesario que todos los sentidos se colocaran en lo alto, desde donde se dividieran todos los oficios a las demás partes. A la cabeza, sin embargo, nuestra nuca está próxima por detrás, a la derecha e izquierda están los brazos, que protegen la fortaleza imperial como una fiel custodia. Por eso, estos en nosotros son más fuertes cuanto más cercanos a la cabeza, estos son más excelentes. El pecho también, como un cierto santuario de sabiduría, y el estómago como un cierto testigo, como dicen los médicos, y cómplice de los secretos de la cabeza, y compañero de compasión, al que transfiere todas sus cosas, ya sean saludables o adversas. Los costados, las nalgas, los muslos y las piernas indican la medida de la anchura por su misma apariencia; y el paso de los pies, que aunque parecen más delgados, se hacen más anchos cuando caminamos.

CAPÍTULO VIII.

Por la puerta colocada transversalmente en el arca se expresa adecuadamente la parte más innoble del cuerpo; a la cual, según el Apóstol, le damos mayor honor. Esto mismo se aplica tanto a los miembros de la Iglesia como a la misma Iglesia y a la Sinagoga.

24. Hermosamente añadió: "Harás una puerta en el lado" (Gén. VI, 16), declarando esa parte del cuerpo por la cual acostumbramos a expulsar los alimentos; para que lo que consideramos más innoble del cuerpo, le rodeemos con mayor honor. Lo que la Escritura expresó mucho más graciosamente que lo que Sócrates en el libro de Platón se dice que dijo. Pues aunque esto en los escritos de Moisés, ya sea Sócrates mismo, o Platón que estuvo en Egipto, pudo haberlo leído, o haberlo percibido de otros que lo leyeron; movido por el hallazgo decoroso, pensó que se le había abierto una puerta para alabar el consejo de nuestro creador: alabando porque eso convenía más al decoro, que ciertos conductos o salidas de nuestros túneles se apartaran por detrás; para que nuestra vista no se ofendiera en las purgaciones del vientre. Pero el Apóstol: "Lo que parece", dice, "los miembros más débiles del cuerpo, son necesarios, superando con una sola y simple palabra las descripciones de la Filosofía; y lo que consideramos más innoble del cuerpo, le rodeamos con mayor honor; y lo que es deshonesto en nosotros, tiene mayor honestidad" (I Cor. XII, 22 y 23). Pues allí se conoce principalmente el indicio de nuestra sobriedad y templanza. Los glotones, en efecto, o se distienden con la indigestión hasta el peligro, o a menudo se disuelven con las entrañas vaciadas.

25. Lo que el Apóstol también aplicó hermosamente a los miembros de la Iglesia (Ibid., 27 y sig.). Pues ¿qué es deshonesto y superfluo en nosotros, sino la lujuria, sino la lascivia? Si alguien, atrapado en el tiempo de la juventud, cuando llega a una edad más madura, viene al bautismo, renuncia a lo anterior, y se despoja de sus costumbres anteriores, deposita sus pecados, se sepulta con el Señor Jesucristo, el mundo se crucifica para él, y él para el mundo; ¿no se considera que, al ser perdonado de sus pecados, tiene una honestidad más abundante que aquel catecúmeno cuya vida es más inocente? Y para usar el ejemplo del mismo Apóstol, era judío, era perseguidor: llamado a la gracia de Cristo, comenzó a ser Apóstol. Y porque se le perdonó más, comenzó a amar más, a trabajar más abundantemente que los demás apóstoles, hecho vaso de elección, enviado como doctor de las naciones. ¿No alcanzó también una gloria más abundante y honesta que muchos de los mismos apóstoles, quien antes era deshonesto e inglorioso, cuando perseguía a la Iglesia de Dios? Este pobre débil en la Iglesia te redimió con sus votos.

26. Y para abrir mayores misterios, ¿qué tan innoble como el pueblo gentil? Pobre, ya que no tenía las palabras de Dios, débil y cojo de ambos pies, que no habría creído ni en la ley ni en el Evangelio, sin embargo, llamado, creyó en él, bautizado, recibió la gracia. Por lo tanto, porque se le perdonó más, ama más. El pueblo judío permaneció, aunque cojo de un pie: aunque incluso en la misma ley cojea. Por lo tanto, aquel que se consideraba más glorioso, perdió todo, el consejero admirable, y el arquitecto prudente, y el oyente sabio. Aquel que era innoble, obtuvo todo con el título de la fe, se gloria en el trofeo de los mártires, en la compañía de los ángeles. Por lo tanto, Platón, lo que pudo, aplicó el brillo del discurso: pero el Apóstol, que tenía el espíritu de Dios, reveló el misterio. Se ha dicho bastante sobre la puerta; porque los que estaban detrás, se han hecho primeros.

CAPÍTULO IX.

Por las partes inferiores del arca se nos enseña que los receptáculos de los alimentos deben ser considerados de menor importancia; y con esta ocasión se discute sobre la conformación y uso de los intestinos. Se muestra que del desenfreno surge el diluvio, y qué remedio debe aplicarse.

27. Ahora investigaremos qué significa lo que el Señor dice: "Harás las partes inferiores del arca de dos y tres cámaras" (Gén. VI, 16). Al decir partes inferiores, advertimos que quiso que sintiéramos hermosamente que los receptáculos de los alimentos deben ser considerados en un lugar inferior, es decir, esas entrañas que procesan el alimento recibido. Pues el alimento es corruptible: lo que es corruptible no debe ser comparado con lo superior, sino con lo inferior. Al mismo tiempo, porque el alimento se dirige hacia abajo, de cuya pequeña porción se beneficia el cuerpo en fuerzas y alimento: pero la parte restante se lleva al vientre para ser purgada; porque son los intestinos por los que descienden los excesos de los alimentos.

28. Así nuestro Creador dispuso que los intestinos no se extendieran desde el estómago hasta el fondo, sino que estuvieran curvados y doblados; para que se prolongara el uso de nuestra vida. Pues si los intestinos del hombre, que reciben y conducen el alimento, se extendieran, el alimento pasaría de inmediato sin ninguna demora; y sería necesario que estuviéramos constantemente hambrientos, constantemente comiendo, o que, al faltar la sustancia de los alimentos, nos desvaneciéramos de inmediato. Ahora, sin embargo, en esa curvatura y sinuación de los intestinos, dividida en dos y tres partes, el alimento se adhiere y, al descender gradualmente, proporciona fuerzas, infunde jugo al cuerpo, mantiene la saciedad, retrasa el apetito de comer: no hay una expulsión súbita, ni una evacuación repentina, ni un apetito insaciable, ni un deseo insaciable de banquete. Primero, por tanto, hay necesidad y hambre: luego, de estas seguiría una continuación ininterrumpida de comer. ¿Y qué hay más deforme que estar siempre pendiente del vientre, que cuando se llena, debe vaciarse; cuando se vacía, debe llenarse? ¿Qué otra cosa queda, sino la muerte mezclada entre los mismos alimentos y banquetes? Pues, ¿cómo podrían prolongarse más la vida, comiendo y teniendo hambre al mismo tiempo, bebiendo y teniendo sed, y antes de llenarse, vaciando todo lo que habían tomado, y de inmediato teniendo hambre? Ahora, sin embargo, mientras el alimento desciende gradualmente, la providencia natural modera el hambre y la indigestión. Primero, en el estómago, que muchos llaman el vientre superior, el alimento se prepara: luego se cocina en el hígado, y allí se digiere por el vapor. Su jugo se divide en porciones específicas de las vísceras, de las cuales todo el cuerpo se fortalece. Esto lo atestiguan suficientemente el crecimiento de los jóvenes y la perseverancia de los ancianos. El resto del alimento fluye hacia el vientre, que todos llamamos vientre sin adición, muchos lo llaman el vientre inferior; del cual es necesario que el excremento, que ya lleno de corrupción ha descendido, sea expulsado por esa abertura transversal.

29. Aunque estas cosas parecen estar tan hábilmente dispuestas por la institución natural según el mandato de Dios; sin embargo, si no se observa la moderación en comer y actuar, se genera un diluvio como de pasiones desbordantes, y una cierta ruina total del cuerpo. La intemperancia enciende la lujuria, genera indigestión, crea corrupción. Así, o bien se tensan las entrañas internas con dureza y se sacuden con dolores, o bien el humor no cocido de los alimentos y la aspereza de la indigestión raspan una cierta envoltura interna de los intestinos; porque se afirma que tienen una doble envoltura como de papel: una exterior que los expertos, o quienes han investigado más curiosamente, dicen que es continua, dirigida de arriba a abajo: otra interior como tejida a los lados; por lo cual dicen que no se disuelve todo cuando se raspa. Pues si la interior fuera continua, su desgarradura sería incurable, allí por la demora de las uniones se adhieren los restos de los alimentos. Si estas uniones se disuelven, los alimentos medio digeridos pasan, y las bebidas fluyen, esto es el diluvio del hombre.

30. Por lo cual me parece que Dios quiso enseñarnos a través de la figura de esta arca, cómo podemos estar a salvo de este diluvio particular. Pues la corrupción es la causa del diluvio: cuando se infiltra, se abren las aguas, brotan todas las fuentes de las pasiones; de modo que todo el cuerpo se sumerge en un río de vicios tan grande y profundo. Pues nada somete tanto al hombre a una servidumbre miserable como la lujuria y las pasiones de este tipo que con un cierto yugo de crímenes deprimen la miserable conciencia, de modo que no puede elevarse, ya que ha perdido la libertad de la inocencia. Por tanto, el mayor remedio en este diluvio es que prefieras al justo, y elijas como ejecutor del mandato celestial. ¿Quién es el justo en nosotros, sino el vigor de la mente que encierra dentro de esta arca a toda clase de seres vivientes que hay sobre la tierra? Reprime, pues, todas tus pasiones irracionales, y somete todos tus sentidos a la mente, acostúmbrate a los mandatos del alma. No dejes que tus deseos vuelen hacia afuera, que la lujuria salga al público; y a través de la mente racional podrás también liberar tus irracionalidades y pecados inmundos de todo peligro de diluvio.

CAPÍTULO X.

Sobre las tres causas por las cuales los seres inanimados mudos fueron sometidos a castigo por el diluvio, y cómo nuestros sentidos mueren por el pecado; y Dios estableció su pacto con el justo.

31. "Todo lo que está en la tierra morirá" (Gén. VI, 17). ¿Qué habían hecho los animales mudos para merecer esto? ¿Por qué causa fueron sometidos a castigo, si no tienen sentido de pecar? Pero así como en la guerra, cuando el emperador es asesinado por el enemigo, su ejército muere con él, y toda su fuerza militar se desmorona: así no pareció injusto que, cuando pereciera el hombre a quien el Señor Dios dio un cierto poder real sobre toda clase de seres vivientes, para que gobernara con autoridad imperial sobre todas las aves, fieras y bestias, también perecieran los rebaños y todos los animales irracionales. Finalmente, si alguna vez hay una peste, cuando la región del cielo está corrompida, primero una plaga terrible contamina a los irracionales, especialmente a los perros, caballos, bueyes; y afecta a aquellos que parecen convivir con los hombres: así la fuerza de la enfermedad también implica al género humano. Esta es, por tanto, la primera causa, según creo, de la justa afirmación.

32. La segunda es que nadie acusa a la naturaleza de por qué los demás miembros de nuestro cuerpo mueren cuando solo se quita la cabeza, cuando vemos a muchos sobrevivir con las manos y los pies amputados. Pero no es la misma prerrogativa la de los demás miembros que la de la cabeza; por lo tanto, al ser cortada, de donde nuestros sentidos se extienden al resto del cuerpo, también todos los miembros mueren: y en esto no se abandona la providencia del Creador, ni se reprueba la fragilidad de la sustancia humana. De manera similar, por tanto, nadie ahora debe argumentar, porque el hombre es la cabeza y un cierto principal de los demás animales, que al morir él no debe parecer extraño que los demás animales mueran con él.

33. La tercera es que los animales irracionales no fueron creados para sí mismos, sino para el hombre; pues fueron ordenados para el hombre, para que la condición humana prevaleciera por su sujeción. Finalmente, el Profeta atribuye esto a la gracia del hombre diciendo: "Todo lo has puesto bajo sus pies, ovejas y bueyes todos, y también las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar" (Sal. VIII, 8); porque todo eso es por él: unas cosas por utilidad, otras por gracia de deleite, otras por placer. Por lo tanto, era consecuente que,

cuando el hombre fuera borrado de la faz de la tierra por quien fueron hechas, también ellas fueran borradas por igual. Esto según la simple exposición de la lectura.

34. Sin embargo, una interpretación más alta y profunda añade que cuando el alma se curva bajo el peso de las pasiones y se sumerge en el oleaje de diversas concupiscencias, todas las cogitaciones terrenales y concupiscencias se precipitan; porque cada pecador, cuanto más graves crímenes comete, se vuelve más insolente. Pues la maldad aumenta con el uso y la práctica, y la audacia se nutre de la impunidad. Así, se aleja de todo respeto por la honestidad, y en él todas las cosas terrenales mueren por la amargura letal del pecado, que borra al pecador con la verdadera y perpetua muerte. Pues nadie muere más gravemente que quien vive en pecado. En él mueren cada una de las pasiones: muere la vista que anuncia el pecado, que se fija en la mujer engañosa, que es capturada por la belleza del rostro ajeno, que los ojos de la prostituta han atado, que la mirada de la fornicaria ha atrapado. ¿No parece morir quien se ha clavado el dardo de la lujuria, quien voluntariamente ha caído en el pozo de la muerte? También muere el oído, cuando relata crímenes, cuando anuncia el discurso del adúltero que seduce, cuando inserta en las almas las palabras de la prostituta que seduce al joven con mucha blandura de discurso; con los lazos de sus labios lo ata. Muere la voz en el silencio, si no confiesa a Dios. Muere por la locuacidad; porque está escrito: "En la multitud de palabras no falta pecado" (Prov. X, 19). Muere por la ira, cuando excede la medida de la venganza. Finalmente, todo sentido muere, si es ministro de iniquidad.

35. Y por eso, porque todas las cosas terrenales mueren en el diluvio, solo el justo permanece para siempre, a él se le dice: "Estableceré mi pacto contigo" (Gén. VI, 18); porque él es el heredero de la gracia divina, él es el poseedor de la herencia celestial, el consorte de los bienes más bienaventurados. Y los hombres, cuando mueren, suelen transferir su patrimonio por testamento; y la herencia no pasa mientras vive el testador: pero Dios, siendo eterno, transfiere a los justos la herencia de la sustancia divina; y él, no necesitado, dona lo suyo sin ninguna pérdida de la donación, a quien no le pesan los consortes de sus bienes, y más bien disfruta de lo que nosotros usamos. Finalmente, el Señor Jesús se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza nos enriqueciera: quien consumió ambos Testamentos con su sangre; para que nos hiciera coherederos de su vida, y herederos de su muerte, para que tuviéramos consorcio de vida y beneficio de muerte. Mucho, sin embargo, concede al justo, diciendo: "Estableceré mi pacto contigo"; porque el hombre razonable y fiel es el testamento de Dios. Él es la herencia, él es la posesión, en quien está la virtud del testamento divino, en quien está el fruto del juicio, en quien está la herencia de la promesa, de quien David dice: "He aquí la herencia del Señor, los hijos, recompensa del fruto del vientre" (Sal. CXXVI, 3). Pero ya, salvada la exposición del misterio más profundo, pasemos a lo restante.

CAPÍTULO XI.

El hombre justo es salvación para sí mismo y para los suyos; aunque a veces, al relajar su esfuerzo, se le insinúa el error. No siempre es justo ante Dios quien es justo ante los hombres. Finalmente, la mente entre las pasiones cumple el oficio de un padre de familia.

36. "Entra tú y toda tu casa en el arca; porque te he visto justo delante de mí en esta generación" (Gén. VI, 18). Manifiestamente, la fe de la sentencia profética también se afirma en este lugar, porque el necio es necio para sí mismo, pero el sabio es sabio para sí mismo y para muchos (Prov. IX, 12). Así, por el mérito del justo Noé, también su casa se salva en el diluvio. Así, en el mar los navegantes, y en la guerra los ejércitos, si no les falta la pericia del piloto, ni la prudencia del general, están a salvo del peligro por la ayuda ajena. Pero porque el

buen general tiene un buen ejército; por eso también entendemos que no se pasa por alto la alabanza del justo, quien estableció su casa de tal manera que brillara con el consorcio de la virtud; y con razón encontró salvación su parentela. No se opone, porque después o el hijo, o la esposa ofendieron. Dormía el justo, cuando erró el hijo (Gén. IX, 22 y ss.). También la mujer, como de sexo más frágil, turbada por el peso del peligro (Ibid. 19, 26), que creía que todo el mundo perecería por el incendio divino, ¿qué te sorprende si no pudo seguir al hombre, cuando el mismo justo, advertido por los ángeles, apenas escapó? ¿Y qué maravilla si al hombre se le insinúa el error, o se relaja su intención? Acusa, pues, porque también el justo se embriagó. Pero creo que esto debe reservarse para su lugar (Infra, c. 29).

37. Ahora consideremos lo que resta. Pues dijo bellamente: "Porque te he visto justo delante de mí en esta generación". Muchos parecen justos a los hombres, pocos a Dios: de una manera a los hombres, de otra a Dios. A los hombres según la apariencia de la vida; a Dios según la pureza del alma, la verdad de la virtud; los hombres aprueban lo que está afuera: Dios examina lo que está adentro. Con atención añadió: "En esta generación"; para que no condenara a las anteriores, ni excluyera a las posteriores, y afirmara correctamente que el diluvio se hizo por la destrucción de la generación que no tenía consorcio de equidad. Esto según la letra.

38. Sin embargo, un sentido más alto nos provoca a pensar que esto es el vigor de la mente en el alma, y el alma en el cuerpo, lo que es el padre de familia en su casa. Pues lo que es la mente en el alma, eso es el alma en el cuerpo. Si la mente está segura, la casa está segura, el alma está segura: si el alma está sana, la carne está sana. Pues la mente sobria cohibe todas las pasiones, gobierna los sentidos, regula el discurso. Por eso, el Señor dice bien al justo, "entra tú", es decir, entra en ti mismo, en tu mente, en el principal de tu alma; allí está la salvación, allí está el timón; afuera está el diluvio, afuera está el peligro. Pero si estás adentro, también estás seguro afuera; porque donde la mente es árbitra de sí misma, los pensamientos son buenos, las ejecuciones son buenas. Pues si nada de vicio oscurece la mente, los pensamientos son sinceros. Si la castidad es un estudio, la templanza es un corazón, ninguna llama de lujuria arde, ninguna úlcera de enfermedad brota. Pues la sobriedad de la mente es medicina del cuerpo.

CAPÍTULO XII.

Los animales puros de ambos sexos se introducen en el arca de siete en siete y los impuros de dos en dos, porque el número siete es sagrado y completo, mientras que el segundo no lo es. En nosotros hay un cierto septenario femenino, pero es promovido a la condición viril por un hombre erudito. Finalmente, la naturaleza humana se designa como capaz de contrarios.

39. Ahora consideremos por qué razón se ordena introducir en el arca de los animales puros siete y siete, macho y hembra (Gén. VII, 2): pero de los impuros dos y dos, para que se nutra la semilla en toda la tierra. Y según yo creo, se afirma que se introduce una hebdómada pura; porque el séptimo número es puro y sagrado. Pues no se mezcla con ninguno, ni es generado por otro. Por eso se dice virgen, porque no genera nada por sí mismo; y con razón, como exento de maternidad e inmune de parto, y de unión femenina, aunque la hebdómada se llame con un nombre femenino, tiene la gracia de la santificación viril: "Todo varón que abra el vientre será llamado santo para el Señor" (Éxodo XXXIV, 19). Y en el profeta tienes: "Dio a luz, y parió un varón" (Isaías LXVI, 7), es decir, santo. Pero el segundo número no es completo, porque está dividido. Pues lo que no es completo, se considera vacío. Pero el séptimo número es completo, porque es hebdómada, como la década; y similar a aquel

primero, porque fue hecho a semejanza de aquel que es siempre, de quien fluyen, y se mueven las virtudes en todo género. Estas son las cosas naturales.

40. Pero para hablar de las morales, no hay duda de que lo irracional de nuestra alma se divide en cinco sentidos, y la voz, y el generador, que parecen ser de naturaleza femenina; porque nuestros sentidos rápidamente se arrastran hacia lo material y secular. De donde se aclara que tienen una sustancia de naturaleza más blanda. Pero para el hombre erudito e industrial, todo es puro; porque la sabiduría del hombre ejercitado y la virtud transfunden a estos el firme juicio viril. Por tanto, por el propósito del prudente y gobernante, se transfieren de la cualidad del sexo más débil a la sustancia más fuerte. Pues la sentencia del sabio es fuerte y fija; no cambiante, como la del necio e insensato que vacila con un consejo incierto, como el del malvado que no elige lo que es verdadero y justo, sino lo que quiere que le sea conveniente, se separa de lo verdadero, se aparta de lo justo. Pues la justicia es un bien singular, se contempla por su propio valor. Pero la iniquidad, como dividida, engendra, ahora inclinada al odio, ahora al lucro, y confunde las cosas que deben dividirse. Pues el necio se cambia como la luna, y de muchos colores, o de la variedad de humores, mancha su alma con la apariencia de un cuerpo leproso, mezclando a menudo pensamientos saludables con nocivos.

41. Pero tal vez porque ves que se ordena introducir en el arca animales puros e impuros, con razón puede moverte porque dije que no deben mezclarse discusiones honestas con indecorosas. Ni yo niego que hay en nuestra alma algunas semillas y como principios de movimientos irracionales, y de aquellos que no son puros. Pues la naturaleza del hombre es capaz de contrarios, de modo que en ella está la fuerza de la malicia, y la entrada de la virtud; y con razón en el principio de este libro que es Génesis, leíste por la especie del árbol en medio del paraíso, el conocimiento del bien y del mal (Gén. II, 9). Del cual árbol del conocimiento del bien y del mal se ordenó no comer; porque nuestra mente, en la que está el conocimiento y la disciplina, recibe la noción del bien y del mal. Por tanto, el artífice de la naturaleza, así como reservó a los animales para propagar, o incluso para reparar el género, para que la tierra entera se llenara con la semilla de los animales: así también no consideró que la sustancia terrenal de nuestro cuerpo debía dejarse vacía de pasiones de este tipo como de animales impuros, que con delicias y lujo como en lugar de diluvio se inundan, fluctúan con las pasiones mencionadas. Pero donde cada uno, con sobriedad y continencia, haya evacuado el diluvio de pasiones que inundan, y haya tejido una cierta sequedad del alma, comienza a vivificar su cuerpo, y la pureza del alma, cuyo gobierno es la sabiduría.

CAPÍTULO XIII.

¿Por qué, después de que Noé entró en el arca, el diluvio ocurrió después de siete días? También, ¿por qué Moisés dijo que duró cuarenta días y cuarenta noches; y de qué manera perseveró durante cuarenta días? ¿Cómo en la misma amenaza de castigo brilla la misericordia divina? Después de lo cual se considera la obediencia liberal de Noé.

42. También es motivo de estudio preguntar cuál es la causa por la que después de que Noé entró en el arca, e introdujo a los animales, el diluvio ocurrió después de siete días. Pues no parece ocioso que no se interpusieran más días, ni menos, sino tantos como en la constitución del mundo. Pues en seis días se hizo el mundo (Gén. II, 2), el séptimo día Dios descansó de sus obras. Con lo cual declaró como indicio que él mismo es el autor del mundo, y del diluvio. Creó el mundo por su bondad, hizo el diluvio por el mérito de nuestros delitos. Fueron advertidos, por tanto, los hombres, incluso por el número de días en que el mundo fue

creado, que debían reconciliar a su Creador no solo con lágrimas y oración, sino con corrección de costumbres. Por tanto, el Señor dio un espacio para el arrepentimiento, prefiriendo perdonar que castigar; para que, suspendido por el terror del diluvio inminente, los obligara a pedir perdón; para que, mientras temieran el peligro de la muerte futura, renunciaran a la impiedad y la injusticia. La segunda es que de aquí también deducimos la clemencia del Señor, que es misericordioso en extremo; porque quiso relajar la ofensa de muchos años, acumulada desde la constitución del mundo hasta el fin, en pocos días, si se hubieran arrepentido. Pues Dios es olvidadizo del pecado, remunerador de la virtud, como él mismo dice en el profeta: "Yo soy, yo soy quien borra las iniquidades, y no las recordaré: pero tú recuerda, y juzguemos: di tus iniquidades, para que seas justificado" (Isaías XLIII, 25). Pues cuando advierte que la verdadera virtud del alma ha sido restaurada, le otorga tanto honor, que no solo le concede el perdón de los pecados pasados, sino que también le imparte gracia y justificación. Por tanto, esperó también el séptimo día, el mismo en que descansó de la obra; para que si se pidiera perdón, siguiera la corrección, y descansara de la indignación.

43. También fue motivo de preocupación no omitir que el diluvio ocurrió durante cuarenta días y añadió, cuarenta noches (Gén. VII, 12). Sabemos que se llama día al tiempo que el sol ilumina la tierra; y noche a la que las tinieblas circundantes separan de la claridad; y a menudo nos referimos al día sin incluir la noche, y a veces para abarcar ambos. Al referirnos a un mes de treinta días, también incluimos las noches. Por lo tanto, cuando habría sido suficiente para Moisés decir que el diluvio duró cuarenta días, se pregunta por qué añadió, y cuarenta noches. Algunos que nos precedieron interpretaron esto como una demostración de la destrucción tanto de hombres como de mujeres por el diluvio, refiriendo el día al hombre, que es más puro, similar a la luz, y la noche a la mujer, que se describe como creada mientras el hombre dormía (Gén. II, 21): y también porque el hombre es anterior como autor, quien mueve la virtud de la mujer y la despierta para el parto: él es más claro en la acción pública; ella más oscura, como encerrada en las paredes domésticas y cercana a la noche, nacida en segundo lugar, y formada ya de la costilla del hombre, debiendo gratitud a su creación, y sujeta al privilegio superior del hombre, y comparable en el uso de parir a las cosas materiales. El número de días de peligro es el mismo en ambos, porque también los pecados son concordantes; y con razón no difieren los espacios de tiempo, porque no difieren los méritos de los delitos.

44. Muchos también investigan con no poca curiosidad por qué el diluvio duró cuarenta días. Y podemos decir que el número material se asigna a los más tristes, es decir, a la criatura que debe ser destruida: mientras que la semana se asigna a la constitución de todo el mundo, es decir, a los más alegres. Pero tal vez se refiera a que también la ley fue dada en cuarenta días (Éxodo XXIV, 18), tantos días observó Moisés en el monte Sinaí, y se demoró, cuando recibió las prescripciones de la Ley. Por lo tanto, correctamente se otorgan las prescripciones para evitar los pecados con el mismo número con el que se pagó la culpa de la pena; para que comprendamos que del mismo tiempo de vida debe obtenerse alabanza por la corrección, en el que puede cometerse la culpa que merece castigo. Por lo tanto, ahora ya no se prescriben cuarenta días para la pena, sino para la vida; para que con este número, con ayunos y oraciones más frecuentes, aliviemos las penas de nuestros pecados, y atentos a las prescripciones de la ley, corriamos nuestro error con devoción y fe. Así, por la resurrección del Señor, el cuadragésimo día ya no se considera el último, sino el primero; y desde allí se cuenta la vida, donde antes se contaba el número de la muerte para la consumación del mundo y la destrucción del género humano.

45. Y borraré, dice el Señor, toda resurrección de carne de la faz de la tierra. ¡Oh, belleza celestial de las palabras, si alguien se examina a sí mismo con el decoro del entendimiento de una mente piadosa! Dios se indigna por nuestros pecados, pero no olvida la piedad. Amenaza con el castigo, pero no permite la destrucción. Modera la venganza, revoca la severidad. Dice que borraré toda carne no de la tierra, sino de la faz de la tierra. Elimina la flor, pero conserva la raíz: permite que en lo profundo de la sustancia permanezca la virtud humana, que en la superficie trabaja, que dentro persevera impasible, y que, inmune al daño, se reserve para la sustitución de aquellos que no están sujetos a culpa. Hermosamente ha dicho, Borraré, como los caracteres de las letras que se borran sin fraude de los libros, y sin disminución de las tablas. Se borra la tinta, pero permanece la madera. Se borran los elementos, para que a menudo se escriban mejores. Se quita la tinta, pero no se extermina la sustancia. Borraré, dice, la corrupción de la carne, para escribir la incorruptibilidad. Borraré la resurrección de la carne de la faz de la tierra, para escribir en los cielos a los resucitados. Borraré del libro de la tierra, para escribir en el libro de la vida. Sean borrados, mi Señor, Señor, sean borrados pronto los elementos de hierro, para que se escriban los elementos de Cristo. Sea abolida la resurrección terrena, para que la gracia celestial abunde. Ven, Moisés, prepara el regazo, recibe la ley, recibe los caracteres que ya la misericordia divina no borraré. Recibe las tablas que el Señor establecerá para siempre. Ojalá no las rompas. Y mi culpa me las habría quitado, si el Señor no las hubiera devuelto. Con razón Moisés se indignó, para que no tuvieran privilegios divinos quienes no ofrecían obediencia. Pero creo que no las rompiste para mí, sino para los judíos. Las rompiste para los judíos, las recibiste para mí. Fueron rotas las primeras, para que las posteriores permanecieran. Las rompiste en los corazones de los judíos. ¿De qué servía que tuvieran las tablas, si no podían mantener sus prescripciones? He aquí que dicen tener las segundas tablas, pero no las tienen. Dicen leer los elementos divinos, pero no los leen (Deut. IX, 10). Moisés dice que las tablas fueron escritas con el dedo de Dios: ellos no leen el dedo de Dios, leen el hierro. Ven la tinta, no ven el espíritu de Dios. Pero la Iglesia no conoce la tinta, conoce el espíritu. Por eso Pablo sabe escribir no con tinta, sino con el espíritu del Dios vivo (II Cor. III, 2 y 3). ¡Oh pueblo judío sacrílego e inepto! El hombre escribe con el espíritu de Dios, y el hombre nutrido bajo la ley, y ellos quieren que Dios haya escrito con tinta, no con espíritu.

46. Así que, volviendo a lo anterior, Dios borra la resurrección de la carne, como la escritura de los caracteres: lo que declara que borró la superflua natalidad de los hombres debido a su impiedad con la apariencia de las letras: pero conservó la sustancia y la conversación del género humano como con la perpetuidad de las tablas, para que de ella brotara un resto de semilla. A esta sentencia parece convenir también aquello que dice: Borraré, dice, toda resurrección de carne. A la resurrección, en el uso común de la naturaleza, parece contraria la purgación; porque con la purgación se recorta y se reprime la lujuria de la resurrección. Sin embargo, todo lo que se purga, pierde su apariencia, conserva su sustancia y se mejora. Reprimió, por tanto, el Señor, quien ya con la purgación del diluvio embelleció el uso corporal y la conversación de la generación que había degenerado de la belleza de la naturaleza y del don recibido. Esto según la letra. Pero en cuanto al sentido más elevado, la especie del diluvio es un tipo de purgación de nuestra alma. Así, cuando nuestra mente se ha lavado de las seducciones corporales de este mundo en las que antes se deleitaba, también con buenos pensamientos elimina la suciedad de la antigua codicia, como absorbiendo con aguas más puras la amargura de los flujos turbios anteriores.

47. Y Noé hizo todo lo que le mandó el Señor Dios (Gén. VII, 5). El justo recibió mandatos, el siervo órdenes. Este es considerado amigo quien hizo todo lo que se le encomendó ejecutar: aquel que vacila en la obediencia, se somete a la carga de la servidumbre. Por eso

también el Señor Jesús dice en el Evangelio: Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando. Ya no os llamaré siervos (Juan XV, 14 y 15). Se le manda, pues, como a un amigo, se le manda como a quien con fuerte caridad, sobrio consejo, ejecuta lo que se le manda. No engañó al Señor su juicio, el justo cumplió todo, no una parte, sino todo lo que se le mandó; y por eso recibió el testimonio de la Escritura divina. No consideres superfluo que haya puesto juntos al Señor y a Dios; pues Dios está en el Señor, y el Señor en Dios: pero para que entiendas el mandato común del Padre y del Hijo. Sin embargo, algunos antes de nosotros lo interpretaron así, porque al decir Señor y Dios en este lugar, expresó el doble poder de quien va a vengar y perdonar: y quien aquí primero castiga a los pecadores, por eso dijo antes Señor; y porque después, para que se propague la semilla de los justos, concede indulgencia, por eso después nombró a Dios. Por lo tanto, cuando va a crear el mundo, se dice Dios: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y dijo Dios, hágase la luz.

CAPÍTULO XIV.

El diluvio ocurrió en primavera, para que los hombres sufrieran más; y en el año seiscientos de Noé, para que la destrucción de los hombres coincidiera con su creación. Asimismo, por la ruptura de las fuentes del abismo y las cataratas del cielo se significa el diluvio de la mente y el cuerpo.

48. También es una consideración no superficial que en el año seiscientos de Noé, en el segundo mes, el vigésimo séptimo día del mes, ocurre el diluvio. No se duda que el segundo mes es tiempo de primavera, cuando nacen las cosas, el campo da a luz, la prole de la tierra y de los animales se derrama. Entonces, pues, hizo el diluvio, cuando el dolor de ellos sería mayor, que eran castigados en su abundancia, entonces la venganza más terrible como diciendo Dios: He aquí que todo según la gracia de la providencia de la liberalidad divina la naturaleza rica ha generado, todo para el uso de los hombres la tierra más fecunda ha germinado, se contemplan las cosechas, los campos se llenan de trigo y cebada, las copas de los árboles se visten de flores de futuros frutos: la tierra no falta a sus servicios, las bestias no faltan a sus dones, que se liberan en partos solemnes, para que al hombre no le falte nada: el hombre solo falta a sus partes, no conoce a su autor de quien todo le es ministrado, descuida a su creador. Desprecia el hombre a su remunerador, cuando Dios no ha despreciado su obra. Perezcan con el hombre todas las cosas, por quien todas las cosas nacieron. En sus riquezas se consuma el hombre, con su dote muera. Nada antes del hombre la tierra había delinquido, no erró en sus frutos: en el hombre solo se reconoce degenerada, llevando espinas y abrojos en lugar de frutos. Lo cual es un don admirable, el principal de la mente ha perecido. ¿Por qué, pues, se conservan todas esas cosas? Por eso no se vierte el agua después de recogidos los frutos, para que la tierra sienta más un beneficio que un diluvio. De hecho, en primavera en Egipto, pero en un mes diferente, el Nilo se desborda, para que la tierra se ablande para sembrar, y con un seno más blando, un regazo más clemente, se reciban las semillas enviadas. Pero que en el año seiscientos de Noé ocurre el diluvio, parece mostrar que en el sexto día fue creado Adán. El mismo número, es decir, el que se llama par, se conserva tanto en el autor como en el reparador; porque la fuente del sexagésimo y del seiscientos es el número seis. Sin embargo, se dice que es tanto el primer como el séptimo mes. Pero debemos observar más el primero; que después del diluvio en primavera se repare el cuidado de los campos a cultivar, y comience a proceder la prole de un suelo plácido y fértil. Lo cual significa que Dios nunca habría hecho la destrucción de los hombres en ese número o tiempo en el que hizo el comienzo; a menos que estuviera ofendido por delitos enormes. Al mismo tiempo, la razón del tiempo y del número promete perdón; que incluso enojado se le recuerde

por las causas precedentes de sus beneficios, para que no borre completamente la sustancia de aquellos a quienes él mismo donó.

49. Y se rompieron todas las fuentes del abismo, y se abrieron las cataratas del cielo (Gén. VII, 11). La Escritura expresó convenientemente la fuerza del diluvio, diciendo que el cielo y la tierra se conmocionaron juntos, de cuyos elementos consta todo el principio de este mundo. Por lo tanto, con masas de agua fluyendo de todas partes, el género humano encerrado es acosado. Esto según la letra. Pero en cuanto al sentido más elevado, con el símbolo del cielo se significa la mente humana, y con la apelación de la tierra el cuerpo y los sentidos. Grandes naufragios, cuando la tormenta y el vendaval de la mente y del cuerpo y de todos los sentidos se mezclan. Pensemos cuidadosamente en lo dicho. A menudo el fraude de la mente y el engaño ejercen su veneno, pero sin embargo la sobriedad del cuerpo y la continencia oscurecen la maldad de la mente. Frecuentemente la mente es inestable en su fe y opinión, pero sin embargo la carne está libre de placeres y lujuria, para que la frugalidad excuse el error de la mente, como muchos son los herejes que quieren pretender la continencia del cuerpo, para adquirir la fe de su afirmación con el testimonio de una carne sobria: aunque inestables en el sentido, sin embargo, cuanto menos torpes, se consideran algo más excusables. Pero cuando los venenos de la mente y las contaminaciones de la obscenidad corporal confunden todo el sentido y vigor; y el ánimo inestable en su movimiento, fétido por el veneno de la malicia, encendido por la furia de la crueldad, también se incita a los delitos corporales, el afecto avaro impaciente de medianas facultades, por el deseo de la lujuria, y la lujuria de derrochar, se precipita en el crimen de buscar la salvación ajena; entonces es un gran diluvio con todas las pasiones atacando a la vez: entonces la insensatez, la injusticia, la temeridad, la maldad, la perfidia parecen derramarse desde la parte superior como cataratas de la mente. De allí brotan de la fuente del cuerpo la libido terrenal, la embriaguez, la lujuria, finalmente las caídas de diversos crímenes, que completamente debilitan tanto la fuerza del cuerpo como el vigor de la mente.

CAPÍTULO XV.

Por el arca cerrada por fuera y flotando en las aguas, el cuerpo humano cubierto de piel y agitado por varios movimientos: por los quince codos de agua que superaban a los montes, los sentidos humanos: finalmente, por la muerte de toda carne, se adumbra la destrucción del alma corrompida por las pasiones: pero especialmente los soberbios deben ser eliminados mientras el justo permanece en el cuerpo como incorpóreo con los movimientos perversos extinguidos.

50. Y cerró el Señor el arca por fuera (Gén. VII, 16). El discurso es manifiesto según la letra. El arca debía ser cerrada y protegida con un seguro baluarte; para que las aguas errantes del diluvio no la penetraran. También es una interpretación no incongruente del sentido más elevado, si juzgamos que el cuerpo humano, al que se figura este arca que se describe, está cubierto de piel para ser defendido del frío y del calor, que el artífice Dios vistió con exuvias naturales para la protección de todos los miembros, y lo revistió con una especie de cobertura circundante, para que ni se congele por el frío, ni se disuelva por el calor estival.

51. Por lo tanto, el agua se desbordó y levantó el arca, y se llevaba sobre la cima de las aguas. No sin razón se desbordó el agua, cuando se abrieron las cataratas del cielo, y de la tierra se rompieron las fuentes de las aguas y los ríos. Lo cual se dijo con gran énfasis. Pues donde hay erupción, debe haber una efusión irrevocable; ni es fácil retener la caída ingente de las corrientes. Es manifiesto, por lo tanto, lo que está escrito. Pero si consideras que debe

observarse más profundamente, nuestra carne es agitada por diversas pasiones y fluctúa como el mar, por las cuales aquí y allá como sobre las olas de sus molestias ahora por hambre, ahora por sed, ahora por deseo, ahora por alegría, ahora por dolor es sacudida.

52. Tampoco creo que deba omitirse que la Escritura no pasó por alto cuántos codos de agua había sobre la tierra; pues dijo que el agua estaba quince codos sobre los altos montes. El entendimiento simple es claro. La alegoría, sin embargo, abarca los cinco sentidos, que están en nuestro cuerpo como altos montes, que a menudo son asaltados por bestias, y son agitados por sus densas y oscuras espesuras. De donde también el Señor viniendo por la fe de las naciones creyentes a su Iglesia, viene del Líbano como dice el profeta Habacuc: El Señor vendrá del Líbano, del monte umbroso y oscuro (Hab. III, 3). También la Iglesia viene del Líbano, como tienen los Cantares. Así leemos: Ven aquí del Líbano, esposa, ven aquí del Líbano. Pasarás y atravesarás desde el principio de la fe, desde los lechos de los leones, y de los montes de los leopardos (Cant. IV, 8), donde los pueblos gentiles, que sufrían graves incursiones de pasiones bestiales, ahora pasan con la altura de la fe y la sublimidad de la devoción. Por estos montes, pues, Cristo viene, reprimiendo con las disputaciones evangélicas los feroces movimientos de este cuerpo, y destruyendo aquella altura del corazón, y la soberbia que se exalta con la obediencia y la humildad de sí mismo: y con razón comenzaron a dar frutos de mansedumbre, que antes los diluvios de graves pasiones socavaban. Sobre el número de codos, algunos antes de nosotros han estimado que los cinco sentidos tienen una triple colección; porque la vista ve lo visible, y el oído oye lo audible, y el olfato huele lo oloroso, y el gusto gusta lo gustable, y el tacto toca lo que está sujeto a la sustancia de lo tangible. Por eso los cinco sentidos se han estimado triplemente, o según aquello: Escribe para ti triplemente (Prov. XXII, 20). Sin embargo, creo más conveniente aquello, que tome los sentidos del hombre terrenal y animal y espiritual, que aquellas aguas del diluvio superaron.

53. Con razón murió toda carne que se movía. Lo cual es claro según la letra, y propiamente y naturalmente expresó la corrupción de la carne con el indicio de la conmoción tempestuosa. Pues la conmoción viciosa no es sino por la corrupción de los afectos. La carne mueve las voluptuosidades, y ella misma es movida por las voluptuosidades. Tal conmoción crea corrupción. La causa, pues, de la corrupción es la conmoción de este mundo, por la cual degenera el alma de cada uno. Pues cuando las pasiones viciosas mueven la mente, se genera corrupción; cuando excitan los estudios de las virtudes, es el progreso de la disciplina. Por lo tanto, todo el que estaba en lo árido, murió: pues no podían no morir los que la ola de tan gran diluvio había sumergido. Esto según la serie escrita y el orden de las palabras. Pero si buscas la alegoría, no hay duda de que, a ejemplo de la madera más seca que tan pronto como comienza a ser lamida, el fuego la consume: así el alma, a menos que se humedezca con el rocío de diversas virtudes, regada con una especie de poción de sabiduría, y con la fuente de justicia, y con el riego de la castidad, como con una raíz seca de vida, arde en el incendio de las codicias, o golpeada por el flujo de la carne cae. Por lo tanto, el alma debe siempre deleitarse con las cogitaciones de las buenas obras, para que la mente embriagada con el jugo de la prudencia se enriquezca; para que no ceda fácilmente a la injuria del diluvio corporal, y debilitada por el árido sitio de la incuria muera. Por eso el Señor nos advierte que no nos apartemos de la fuente de la sabiduría, que bebamos las copas de la virtud; para que nadie se seque por el sol de la iniquidad, y no pueda soportar la tormenta de la persecución (Baruc. III, 20 y ss.). Pues está escrito: Porque si en lo verde hacen esto, ¿qué se hará en lo seco? (Luc. XXIII, 31).

54. Borró, dice, Dios todo lo que estaba sobre la faz de la tierra (Gén. VII, 23). La explicación del escrito es evidente. La alegoría, sin embargo, nos declara la soberbia expuesta, que se exalta en esta frágil y terrena sustancia, y olvidando lo divino, despreciando lo humano, deforma el mismo hábito y el andar del hombre arrogante: tales como describe Isaías a las hijas de Judea, brillando con los ojos en guiños, y jactándose con alta cerviz (Isaías III, 16). Pues son de este tipo los que levantan las cejas, con el corazón inflado, el pecho elevado, la cerviz erguida: que solo rozan con las huellas de los pies, pero se balancean con todo el cuerpo, y se suspenden en un vano examen: avanzan con el paso hacia adelante, inclinando la cabeza hacia atrás: miran al cielo, pero desprecian la tierra, como si estuvieran fijados por el dolor de la cerviz, para que no puedan inclinarla. A estos, pues, Dios los borró del libro de la vida diciendo: Todo el que se exalta, será humillado (Luc. XIV, 11): ni permite que se adhieran con sus invenciones a los méritos celestiales de los santos.

55. Por lo tanto, cuando todos los que estaban fuera del arca fueron exterminados, Noé quedó solo en el arca con los que estaban con él (Gén. VII, 23). No necesita interpretación un discurso tan simple. La comprensión coincide con la letra. Sin embargo, un significado más profundo e interior muestra al hombre justo, amante de la sabiduría, como un árbol fructífero, habiendo exterminado a aquellos que solían roer su alimento, oscurecer su follaje, restringir el crecimiento de sus ramas, como si hubiera quedado solo, libre de pasiones irracionales, con los suyos. Los suyos son las puras deliberaciones del alma, que se adhieren a la virtud. Y bien añadió que permaneció en el arca, como si fuera apenas creíble que, habiendo amputado las pasiones corporales, aún se moviera en el cuerpo: aunque ya carecía de las contaminaciones terrenales, conservaba todavía la sustancia incorrupta del cuerpo: y como incorpóreo en el cuerpo, flotaba sobre el diluvio, no era absorbido; llevando el cuerpo como si estuviera colocado en el interior del arca, pero quien, invulnerable a las pasiones, gobernaba el cuerpo mismo, como incorpóreo, en medio de tantos movimientos. CAPÍTULO XVI.

¿Por qué se dice: El Señor se acordó de Noé, sin mencionar a su esposa y sus hijos? ¿Por qué se nombran primero las bestias antes que los animales domésticos; y qué tipo de espíritu fue enviado sobre la tierra para que las aguas cesaran?

56. El Señor se acordó de Noé, y de las bestias, y de los animales domésticos (Gén. VIII, 1). Muchos se preguntan por qué el Escritor no dijo que el Señor también se acordó de la esposa e hijos de Noé, cuando se acordó de las bestias y los animales domésticos. Pero al decir que se acordó de Noé, en el autor y jefe de la casa se comprenden sus demás relaciones. Al mismo tiempo, parece expresarse un cierto consenso de las demás relaciones. Pues cuando todos son queridos entre sí, hay una sola casa: pero cuando discrepan, se separan y dividen en varias casas. Donde hay caridad, allí, en nombre del mayor del que dependen los demás, se significa toda la casa: así, si alguien menciona un árbol, ciertamente comprende también las ramas: si alguien nombra una rama, también los frutos que están en ella, se abarcan con una sola y misma palabra.

57. Tampoco es ocioso que primero dijera que el Señor se acordó de Noé, luego de las bestias, después de los animales domésticos, es decir, ¿por qué no nombró a los animales más dóciles después del hombre, sino a los más feroces? En esto parece haber una razón, para que los más feroces se suavizaran por la proximidad de ambas partes. Lo cual parece también declararse en aquel verso poético: κακοὺς δ' ἐξ μέσσοιν ἔλασσεν (Homero, *Ilíada*. Δ). De aquí también el poeta tomó prestado, para ordenar la disposición del ejército que iba a luchar; colocando a los inferiores en el medio, para que fueran más ayudados por los más fuertes de

ambos lados, y asumieran la lucha de ambas partes. En estos escritos se manifiesta la serie. Sin embargo, en un sentido más profundo, es cierto que el justo tiene en medio, no en parte, los pensamientos de su corazón: y mientras recorre esta vida, es necesario que tenga en el cuerpo, como en aquel arca, bestias pesadas. Pues no hay mente, no hay alma, que no reciba también movimientos agrestes de pensamientos malos. Así, el alma del insensato agudiza los movimientos feroces, y alimenta los venenos de las serpientes: pero el vigor del sabio los mitiga y cohibe.

58. Y el Señor envió un espíritu sobre la tierra, y cesaron las aguas (Gén. VIII, 1). No creo que esto se haya dicho para que entendamos por espíritu el viento. Pues el viento no podía secar el diluvio. De lo contrario, cuando el mar es agitado por los vientos diariamente, ciertamente se vaciaría. Pues, ¿cómo no se vaciaría el mar por la fuerza de los vientos, al que cedió el diluvio extendido por todo el orbe hasta las columnas de Hércules, como dicen, y el Gran Mar cubriendo las cimas de los altos montes? Por lo tanto, no hay duda de que el diluvio fue reprimido por la virtud invisible del espíritu divino, por operación celestial, no por soplo. De donde está escrito: Todos esperan de ti, que les des su alimento a su tiempo: abriendo tú tu mano, todos se llenarán de bondad. Retirarás su espíritu, y perecerán, y volverán a su polvo. Enviarás tu Espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra (Sal. CIII, 27 y ss.). Por lo tanto, hay un Espíritu al que parece ceder todo, en el que está la virtud del mismo cielo, como está escrito: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el Espíritu de su boca toda su virtud (Sal. XXXII, 6): que es el Espíritu creador de todos, como también dice Job: El espíritu divino que me hizo (Job. XXXIII, 4).

CAPÍTULO XVII.

Indicar que las fuentes de las aguas y las cataratas cerradas son causas de error que deben ser eliminadas para la salud del alma: la enumeración del tiempo en que el arca se posó, al inicio del año, es decir, en la primavera comenzó y terminó el diluvio; y con los mismos números creció y decreció: la puerta del arca abierta, la mente llega al conocimiento de Dios contemplando la naturaleza a través de los sentidos: finalmente, la emisión del cuerpo, la expulsión de la culpa del alma a la que no regresa una vez extinguidas las pasiones.

59. Ahora consideremos qué significa lo que dice la Escritura divina: Se cerraron las fuentes de las aguas, y las cataratas del cielo (Gén. VIII, 2). No creo que sea oscuro. Pues por estas causas disminuyó el diluvio por las que creció. Se habían roto las fuentes de las aguas, se habían abierto las cataratas del cielo, para que, al fluir las aguas por todas partes, la tierra se inundara. Debían cerrarse aquellas de las que manó el origen del diluvio, para que comenzara su disminución. Esto es lo que dice la letra. Sin embargo, una interpretación más sutil expresa que, dado que el diluvio del alma había entrado por el vicio de la mente y la lujuria corporal, para que la malicia se mezclara con la pasión, y la pasión con la malicia: al entrar el médico, la Palabra de Dios, para visitar el alma que sufría de una enfermedad prolongada por la maldad de las discusiones y la amargura de las pasiones, primero debían cortarse las causas de la enfermedad. Pues el principio de la medicina es cortar las causas de la enfermedad; para que no se sigan suministrando aquellas cosas que dañan, para el incremento de la enfermedad. Lo que también nos enseña la ley (Lev. XIII, 5 y 6); pues cuando la lepra se detiene, de modo que ya no se difunde, entonces dice que la lepra es pura, una especie de detención y permanencia. Pues todo lo que se mueve fuera de la naturaleza es impuro. Esta, por lo tanto, es la salud del alma, esta es la salubridad de la mente, para que cese la afluencia del error, se detenga la culpa, para que no se extienda. Cediendo el incentivo de la culpa y el delito, la salvación es segura, y el vigor del alma se restablece sin obstáculos.

60. Y se posó, dice, el arca en el séptimo mes, el día veintisiete del mes (Gén. VIII, 4). A menos que prestes atención diligente, incluso según la letra, es difícil comprender este pasaje. Y primero que nada, hay que tener cuidado de que la repetición frecuente del séptimo mes no perturbe a nadie. Pues está escrito así, en el año seiscientos según la verdad hebrea, en el primer mes, el día veintisiete del mes comenzó el diluvio: durante ciento cincuenta días fue la inundación de las aguas, el arca se posó en el monte en el séptimo mes, el día veintisiete del mes: después comenzaron a disminuir las aguas por la misericordia de Dios, durante ciento cincuenta días se hizo la disminución de las aguas, después aparecieron las cimas de los montes: luego, después de cuarenta días, abrió la puerta del arca el santo Noé, el cuervo enviado no regresó, la paloma enviada regresó vacía, nuevamente después de siete días enviada regresó con una rama de olivo, por tercera vez después de siete días enviada no regresó, entonces Noé advirtió que toda el agua había retrocedido. Y así se muestra que el año se concluyó en el año seiscientos uno de Noé, en el segundo año el día veintisiete del mes. Por lo tanto, en cuanto a la explicación clara, en el mismo mes y el mismo día se restablece la igualdad de la tierra después del diluvio, en el que fue corrompida al comenzar la inundación del diluvio. Pues en tiempo de primavera todo el campo reverdece, y la tierra da a luz frutos. Entonces comienzan a brotar los árboles, a germinar los frutos. Por lo tanto, el Señor reformó y restituyó la calidad rica. En el segundo mes, es decir, abril (pues el primer mes es marzo, cuando el justo tiene su nacimiento, cuando se estima la igualdad de noches y días, es decir, el octavo, como piensan los romanos, o como otros, el quinto de las calendas de abril); en el segundo mes, digo, es decir, abril, el día veintisiete del mes comenzó el diluvio. Por lo tanto, la primavera se estima como el inicio del año, no según el uso del tiempo, sino según la prerrogativa de la naturaleza; para que, como entonces comienza la esperanza del año, y los frutos comienzan a mostrarse, entonces se considere el principio del año. Sin embargo, el séptimo mes según el número es el que se llama septiembre, se computa; porque aunque el año parece comenzar en el mes de septiembre, como muestra el uso de las presentes Indicciones (pues entonces es la siembra), sin embargo, desde que la gracia más plena comienza a mostrarse, desde allí se deduce el origen del año; y por eso, lo que de otra manera se considera primero, se tiene en cuenta de manera diferente como séptimo. Entonces, por lo tanto, se posó el arca, es decir, en el séptimo mes, el día veintisiete del mes sobre el monte cuadrado. Desde allí comenzó a disminuir el diluvio. Considera al mismo tiempo que con los mismos números con los que algo comienza, se resuelve; para que el diluvio comenzara en el segundo mes del año, el día veintisiete del mes: durante ciento cincuenta días fluyó el diluvio, durante otros ciento cincuenta días cedió el diluvio: durante cuarenta días la excesiva fuerza de la lluvia celestial y la erupción de las fuentes se desbordó, durante otros cuarenta días después de que se vieron las cimas de los montes, en el undécimo mes, el primer día del mes, el santo Noé envió al cuervo: así se constata que con el mismo número con el que se acumuló, el diluvio fue disminuido. De donde la Escritura nos enseña que se debe guardar el orden.

61. Pero, ¿qué puerta es la del arca que abrió el justo, según la razón del cuerpo ya se ha dicho. Según una interpretación más profunda, parece que los sentidos del cuerpo se consideran como puertas. Pues a través de ellos, como por puertas, entra en nuestra mente una especie de comprensión de lo sensible. Por lo tanto, nuestra mente parece mirar a través de estos sentidos, y especialmente a través de la visión, que se estima superior a todos los sentidos del cuerpo; porque es doméstica de la luz, y a través de ella, mirando el cielo, la tierra, los mares, también el sol, la luna, y las estrellas con las que se adorna el eje, entendemos que Dios es el creador del mundo y su rector, y no creemos que estas cosas pudieron hacerse sin un autor, Dios, ni que puedan subsistir.

62. Por esta ventana, por lo tanto, el justo primero envió al cuervo. Se debe buscar la causa, pero no está oculta en cuanto a la letra se refiere; pues muchos consideran al cuervo como un anunciador de lo futuro, y observan sus voces, y examinan sus vuelos. Sin embargo, un sentido más profundo significa que la mente del justo, cuando comienza a purificarse, primero rechaza de sí lo que es oscuro, inmundo y temerario. Pues toda impudencia y culpa es oscura, y se alimenta de muertos, como el cuervo: pero la virtud está cercana a la luz, que resplandece con la pureza y simplicidad de la mente. Y por eso, como se emite y se expulsa la culpa, y se separa de la inocencia, para que no quede nada oscuro en la mente del hombre justo. Finalmente, el cuervo salido no regresa al justo; porque toda culpa huye de la equidad, ni parece convenir a la probidad y justicia. Finalmente, el injusto cree haber escapado como de cadenas, cuando el justo se ha separado de su compañía, de una especie de diluvio y corrupción familiar, como el cuervo que, al no encontrar en ninguna parte la sequedad de la tierra, no regresó, sino que permaneció.

63. También se debe considerar por qué no dijo que el cuervo no regresó, hasta que se secó el agua de la tierra (Gén. VIII, 7), como si después hubiera regresado. Pero esta es una locución familiar de la Escritura divina. Pues también tienes escrito en el Evangelio sobre la santa María, que José no la conoció hasta que dio a luz a su hijo, cuando ciertamente tampoco después la conoció (Mat. I, 25). Luego, ¿cuál es esta locución, para que dijera, hasta que se secó el agua de la tierra, no la tierra del agua? Y ciertamente el uso del lenguaje también suele tener esto: sin embargo, algunos antes de nosotros han considerado, porque parece expresarse una cierta fuerza desmedida de las pasiones con esta locución de palabras; porque el alma se consume con pasiones turbulentas y tempestuosas, pero al disminuir y como secarse, recobra su virtud. Por lo tanto, la especie de culpa no regresa al alma del justo, dejándola como seca y muerta, y a la que ya no puede dañar.

CAPÍTULO XVIII.

Así como el cuervo expresa la malicia, la paloma expresa la virtud. Noé muestra que el justo siempre está preparado para recibirla; y reteniendo la paloma durante otros siete días, enseña la paciencia necesaria para corregir.

64. Tampoco es vacío que después se envíe la paloma. Pues la simplicidad resuelve la malicia, y la virtud la culpa. Por lo tanto, la malicia ama el diluvio, y rehúye la compañía de la mente justa, y como desolada, y sin lugar de descanso, permanece sin tener comunión con la virtud. Pero la virtud regresa amando la compañía de los justos, y más familiar para la utilidad de otorgar lo saludable, y advierte sobre lo que debe evitarse, como la paloma enviada que, al ver que el agua había cesado, regresó como llena de justicia; para anunciarle a aquel que la había enviado lo que aún debía evitar, y esperando después obtener un fruto mejor. Pero que la paloma, al no encontrar descanso, regrese a él, dio un claro indicio de cuánta diferencia hay entre la malicia y la virtud, al expresarse a través de estas aves. Pues el cuervo enviado antes, cuando parecía que el diluvio se desbordaba un poco más, parecía haber encontrado un lugar donde quedarse. Y ciertamente el cuervo no es de aquellas aves que suelen tener su conversación en las aguas. Por lo tanto, cuando el cuervo parece haber encontrado un lugar donde quedarse, pero la paloma no lo encontró, es evidente que se señala en una interpretación más profunda, que la malicia se mezcla con las pasiones inquietas y deseos con los que se corrompe el alma, y se deleita como con parientes y domésticos, y allí coloca su morada: pero la virtud, ofendida de inmediato por la primera visión, se apresuró a regresar a la mente y alma del justo, porque allí se ha colocado su morada más segura; porque

en otro lugar, como la paloma, esta virtud no puede encontrar un lugar seguro. Pues tarde suele encontrar la simplicidad un puerto entre las astucias de este mundo, y las olas de los deseos mundanos.

65. Por lo tanto, así como la justicia, como por el deseo de ver, progresa un poco, se apresura a regresar a la mejor mente, ni se aleja mucho del justo; así también el justo y estudioso de la virtud, cuando conoce que la virtud se acerca, extiende el seno de su mente. Pues, ¿qué significa que el hombre, estudioso de la virtud, Noé, extendiendo la mano, la recibió, y la introdujo a sí mismo? Lo cual, aunque según la letra parece claro, no obstante, no se comprende fácilmente, a menos que te sea conocida la costumbre del hombre sabio, que usa la virtud como una especie de exploradora, y parece confiarle una cierta prerrogativa de explorar y llevar a cabo los asuntos. Por lo tanto, esa virtud examina las naturalezas, para que, si alguna de ellas parece confiarle progreso, pueda unirse a ella. Pues hay una cierta bondad común de la sabiduría, liberal y generosa en utilidad; de modo que, cuando ve que algunas se le someten, las asocia: pero cuando ve que la naturaleza de algunos se resiste a su propósito, como a un hospedaje familiar, vuela y regresa, que el sabio e industrioso se apresura a recibir como con una mano de la mente, abriendo todo su corazón en el que también la tenía ausente. Pues nunca puede el sabio estar desprovisto de su propia virtud.

66. ¿Qué más significa que retuvo durante otros siete días a la paloma, y nuevamente la envió; sino para que adviertas que el bien del sabio, y su mejor propósito, siempre se esfuerza por unirse también a otros, corregir a los errantes, enmendar a los vagabundos? Si ve que alguien al principio retrocede, sin embargo, no desespera del progreso de cambiarlo y corregirlo. Pues así como un buen médico, aunque no sea tiempo de medicina, sin embargo, envía antes una exploración de visita; luego no descuida las vigilias de una justa expectativa, y cediendo un poco a las pasiones, espera la oportunidad de curar, que cuando se le ofrece, no omite su deber: así, por lo tanto, el sabio desea curar las pasiones contrarias con palabras y disputas, como el médico con medicinas. Y porque en todo se debe usar el remedio del favor divino; por eso esperó siete días en los que se describe que todo el mundo fue completado (Gén. II, 2), y se ministró descanso al Creador; para que de aquel autor de todo se tomara la disciplina de la operación humana.

CAPÍTULO XIX.

¿Por qué se dice que la paloma regresó al atardecer con una rama de olivo en el pico: también cómo Noé supo que las aguas habían disminuido: finalmente, por qué la misma paloma enviada por tercera vez después de siete días no regresó?

67. Por lo tanto, la paloma regresó al atardecer, teniendo una hoja de olivo, y una rama en su pico (Gén. VIII, 11). No puso ociosamente tanto el atardecer, como el regreso, y teniendo la hoja de olivo, y la ramita en su pico, para que no pienses que la virtud huye del progreso futuro, si puede adquirir a algunos; ni tampoco la consideres como si estuviera sin luz, y oculta por ciertas tinieblas, sino que, resplandeciendo con el brillo diurno, esperó hasta el ocaso del día, y así regresó a aquel, en quien incluso al atardecer no podía tener tinieblas. También la hoja que llevó consigo, aunque parezca haber llevado una hoja breve, significó alguna esperanza de aquellos que se arrepintieran de su error, aunque no grande, alguna sin embargo. Pues la hoja no podía estar sin el brote. Por lo tanto, como una señal de corrección germinante, aunque no grande, sin embargo, llevó un signo y una hoja de olivo, en cuyo árbol se genera la oliva, de la cual se hace el aceite, con el que se alimenta esta luz material, y se disipa la oscuridad de las tinieblas. Pues, ¿qué más que la luz es familiar a la virtud? Por lo

tanto, la hoja y la ramita son un signo de corrección; pero la corrección tiene como raíz el arrepentimiento, que no puede germinar en los turbulentos, sino en aquellos que ya han recibido el discurso espiritual. Tampoco en vano parece haber sido llevada la ramita de olivo en el pico, porque la virtud y la sabiduría tienen en su discurso su claridad, y su luz resplandece de inmediato con su misma apariencia, especialmente cuando habla pacíficamente; pues también esta ramita suelen llevarla los que buscan la paz. Llevó la ramita, porque la simplicidad con pureza y sinceridad infunde a nuestros oídos ciertas semillas de utilidad: y la buena doctrina de la virtud o provoca a la industria, e invita al premio de la buena disciplina consciente de sí misma, o infunde al pecador el deseo de hacer penitencia y seguir una vida correcta.

68. Además, se debe considerar cómo el santo Noé supo que las aguas habían disminuido sobre la tierra, tal como está escrito (Ibid.). En primer lugar, según la letra, pudo discernir si la hoja traída estaba seca o húmeda. Luego, porque no es propio de una paloma poder extraer frutos ocultos bajo el agua. Pero si esa hoja brotó antes del diluvio o durante el diluvio, es algo que debes contemplar. Si fue antes del diluvio, el hombre justo se alegró de que algún fruto del antiguo 257 semilla se hubiera conservado, y de ahí dedujo el signo de la misericordia divina, que ya había retirado el diluvio, mostrando un fruto que no pudo ser dañado por las aguas. Si la hoja nació durante el tiempo del diluvio, el justo ciertamente notó que nuevas semillas de misericordia celestial habían fructificado, para que las raíces de los árboles vivieran, y como si recobraran el aliento, los frutos antiguos germinaran y volvieran a sus acostumbrados partos, cuyo indicio mostraban las hojas enviadas.

69. Pero esto lo dedujo más bien con una interpretación profunda, porque el Señor nuestro Dios, aunque estaba ofendido por los amargos errores de nuestra iniquidad, sin embargo, nos reservó alguna semilla, aunque pequeña, de la antigua estirpe y virtud de la patria, para que no se amputara completamente el signo de su obra y creación en torno al género humano. Por eso también Isaías dice: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Isaías I, 9), expresando en el nombre de una ciudad el indicio de ceguera, y en la otra, la esterilidad. Así, en la lengua patria, los caldeos llamaron a Sodoma y Gomorra, significando ceguera y esterilidad. Y con razón el Señor, en esta especie de ciudades, amputó más bien los vicios humanos que juzgó a los hombres dignos de ser castigados.

70. Por tercera vez, se libera la paloma después de siete días, y esta no regresa. Consideremos, entonces, que no se encuentre que lo que dijimos antes sea contrario. Si en palabra la paloma, pero en obra la virtud no regresa al justo; ¿acaso el justo está despojado y defraudado de su don? De ninguna manera. Nunca un hombre de tal índole se separa de la virtud, ni cuando emite justicia de su boca, e introduce la discusión de otra virtud, se despoja de la virtud, ni priva a otros de la equidad que deben imitar: sino que, como el sol, ilumina a otros cuando emite los rayos de su luz. El fuego calienta a los que se acercan, de modo que él mismo posee el calor de su naturaleza. ¿Acaso la luz del día se extingue cuando ilumina el mundo entero con su claridad? Tiene su curso sin ofensa y su naturaleza intacta. Así también esta virtud en la forma de la paloma, aunque el diluvio aún ardía, según el ave, sin embargo, en la tierra, según la virtud, regresa a las pasiones de los hombres al justo; porque en los corazones de los inicuos, la virtud no pudo encontrar dónde pudiera permanecer. Y por eso, regresando a ese segundo albergue, se adhiere y descansa. Pero cuando las pasiones del diluvio se han calmado, y muchos, al escuchar la palabra y conocer la doctrina, se esfuerzan por ser partícipes, ya no comienza a ser patrimonio de uno solo, sino un bien común la

disciplina de la virtud, y se bebe como un cáliz de sabiduría por muchos que antes, sedientos, no querían beber, como ahora arden los diluvios en los corazones de los judíos; y cuando el agua de la doctrina celestial abunda, el potaje rebosa, no creen que deba beberse. Se lee el Evangelio, la virtud sale de la palabra celestial, el Sacerdote trata en la Iglesia. Pero no sea que, estando dentro del arca, no pueda ser escuchado solo, a veces, incluso saliendo de la Iglesia, donde el judío se encuentra, advierte, ofrece el ejemplo de las Escrituras celestiales. Cierran los oídos, para que ni siquiera el manantial los lave a la fuerza, y el rocío de la palabra del Señor los salpique. Pero si algunos han creído, corren al manantial, buscan la doctrina, desean que se les insinúe el Evangelio, y no se sacian con la asiduidad de beber. Así desean llenarse con ansia del manantial de sabiduría, que antes ansiaban evitar. ¿Qué manantial? Escucha al que dice: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior fluirán ríos de agua viva (Juan VII, 37 y 38).

CAPÍTULO XX.

Que en un día se mencione la disminución del agua, y en otro la tierra seca, significa que el justo Noé fue el primero en dos generaciones. La desnudez del arca expresa la renuncia al deleite corporal. Por qué se llama al primer o segundo mes, día del tiempo primaveral. Finalmente, se resuelve la dificultad sobre la hoja encontrada.

71. En el año seiscientos uno de la vida de Noé, el primer día del mes, dice que el agua disminuyó de la faz de la tierra; pero en el segundo mes, el día veintisiete del mes, se recuerda que la tierra estaba seca. ¿Qué significa esa adición sobre la disminución del agua, cuando el cálculo anterior parece haber concluido un año, que comienza en el segundo mes y avanza hasta el segundo mes del siguiente año? A menos que aquí queramos aceptar la forma del justo declarada; que el primer año fue aquel en que comenzó el diluvio, después del seiscientos, es decir, el primer año; nuevamente el primer año y el primer mes después del año seiscientos, cuando el agua disminuyó de la faz de la tierra: porque el justo en la generación de los pecadores que fue destruida por los delitos, era el primero en virtud, y en la segunda generación, que comenzó después del diluvio, y en orden, porque fue el primero de la segunda generación, y con mérito el primero había escapado. Con razón se le otorga honor a quien fue el primero de la primera generación y el principio de la posterior; quien mereció escapar de aquella y ser propagado a esta como semilla. Pues cuando otros perecieron, él solo, por el mérito de su vida ejemplar y la prerrogativa de la virtud, rico ante Dios, no experimentó la corrupción de la malicia, por quien se hizo que no pareciera que todo el cuerpo del género humano fuera abolido en la tierra, o dejado sin la gracia de Dios.

72. Y Noé descubrió, dice, el techo del arca (Gén. VIII, 13). Como hemos interpretado antes que el arca se tomó por la forma del cuerpo (Supra, c. VI), entendamos qué significa que el cuerpo sea descubierto según un sentido más elevado. De lo contrario, está claro cómo el arca pudo abrirse según la letra. ¿Qué es, entonces, el techo del cuerpo humano que estuvo cerrado en el diluvio 259, si no tomamos el deleite que cubría este nuestro cuerpo, y como que lo cubría por aquel error de Adán? Y se estima que es más semejante a un techo porque todo el sentido está en la cabeza, de donde proviene el deleite que tenía sujeto todo el cuerpo. Pero cuando la mente del hombre justo, sobria e íntegra de la corrupción del diluvio, inflamada por el deseo del conocimiento divino, quiso saltar y volar hacia lo alto, descubrió todo lo que era un impedimento, y la apariencia de placer, que como una cubierta cubría las otras partes del cuerpo, la redescubrió y la desveló; para que no solo el cuerpo se liberara del servicio de la ignoble dominadora, sino también comprendiera las cosas que eran incorpóreas; porque las

que no se ven son eternas. Y por eso el justo buscaba al Señor a quien no veía, exento de corrupción, deseoso de eternidad.

73. Pero lo que dice del primer mes o el segundo, y que es el día del tiempo primaveral, lo tienes dicho en otro lugar: Este mes será para vosotros el primero de los días del año (Éxodo XII, 2). Porque el que es el primero en gracia después del peligro, este con razón recibió la prerrogativa del primer mes.

74. No te perturbe, sin embargo, lo que dijimos antes de que la hoja encontrada en la rama después del diluvio pudo haberse generado (Supra, cap. XIX): aunque a menudo las hierbas suelen germinar bajo el agua: sin embargo, para que todo escrúpulo pueda ser eliminado, ¿qué grandeza hay si, por mandato de Dios, en un solo día en que el agua disminuyó, la tierra germinó de inmediato, siendo Él el restaurador y creador de los frutos, y no olvidó el uso de su obra? De hecho, tienes en el Génesis que inmediatamente ordenó que la tierra produjera hierba de pasto, y árbol frutal con su fruto, y de inmediato la tierra produjo hierba de pasto, teniendo semilla según su especie, y árbol frutal; y ese día fue uno, en el que Dios ordenó o hizo estas cosas (Gén. I, 11). Por lo tanto, Dios, no olvidando su beneficio, pero olvidando nuestra iniquidad, restauró su obra con la misma cantidad de tiempo con la que comenzó.

CAPÍTULO XXI.

Por qué Noé esperó el mandato de Dios para salir del arca. Cómo se designa la abstinencia de generación y el uso de la misma por el orden en que se describe la entrada y salida de él y los suyos. Finalmente, qué nos enseña ese orden en el sentido espiritual.

75. Y dijo el Señor Dios a Noé: Sal del arca tú, y tu esposa, y tus hijos (Gén. VIII, 16). Así que, al retirarse el agua y secarse la tierra, Noé pudo salir del arca. Pero el justo no se atribuye nada a sí mismo, sino que se encomienda por completo al mandato divino. Y especialmente quien había entrado por un oráculo celestial, debía esperar una respuesta celestial para salir. Porque la justicia es modesta; porque la iniquidad es descarada, usurpa lo indebido y no respeta al autor.

76. Ahora busquemos la razón por la cual, mientras entraban en el arca, este fue el orden de los que entraban, que primero él mismo entró y sus hijos; luego su esposa, y las esposas de sus hijos: pero cuando salieron, se cambió. Pues está escrito: Salió él, y su esposa, y sus hijos, y las esposas de sus hijos (Ibid., 18). Y la letra significa en la entrada la abstinencia de generación, en la salida el uso de la generación. Entonces, el padre entró primero con los hijos, y los hijos con el padre, y después su esposa, y las esposas de sus hijos, es decir, no se mezcla el sexo en la entrada, se mezcla en la salida. Claramente, pues, como si el justo emitiera una voz con el mismo orden de entrada, ese tiempo no es de concubinato, ni de placeres, cuando a todos les amenazaba la destrucción. Por eso en el Evangelio el Señor dice (Lucas XVII, 26 y 27), reprendiendo que en los tiempos de Noé comían y bebían, se casaban y daban en matrimonio; y por eso, por su intemperancia, sobrevino el diluvio. Por tanto, ese tiempo era de tristeza, no de alegría. Y por eso el justo no se deleitaba en la compañía de su esposa, ni los hijos justos buscaban la unión conyugal. Pues, ¿qué indecoroso sería que en el tiempo en que los vivos morían, los que iban a perecer fueran engendrados? Pero después, con razón, el uso y cuidado del matrimonio sucedió para la propagación de los demás, cuando el diluvio se retiró. Así que no salen hombres con hombres, sino mujeres con hombres; para que la mezcla viril prohibida, pero permitida la unión legítima del varón y la hembra, se viera como una suerte.

77. El sentido más elevado tiene esto: donde hay peligro, ciertas discusiones viriles y más fuertes se adhieren a la mente, y la mente se protege como si fuera una descendencia de hijos, porque una cierta línea de batalla viril se enfrenta a las tempestades y pasiones más graves. Pero una vez pasado el peligro, no hay nada de malo si las ideas más suaves se unen a las más fuertes; no para que las más fuertes se afeminen por las más suaves, sino para que las ideas más suaves se fortalezcan como por ciertas viriles, cuando todos nuestros consejos se dirigen a la virtud, la justicia, la integridad, la fortaleza, y puedan crearse y crecer consejos más fuertes con un cierto uso y semillero de virtudes. No es útil, por tanto, cuando hay alguna confusión de vicios que ocupa la mente, sembrar algunas ideas, y engendrar y dar a luz la mente. Pero cuando las pasiones han sido reprimidas, y la mente ha descansado, entonces, habiendo recibido un cierto semillero de discusión, pueden germinar virtudes y buenas obras.

CAPÍTULO XXII.

Por qué Noé construyó un altar a Dios sin ser mandado; qué significa ofrecer holocaustos de bestias y aves puras; y qué significa lo que dice el Señor: Reflexionando no volveré a maldecir la tierra, etc.

78. Y edificó, dice, Noé un altar a Dios (Gén. VIII, 20). ¿Por qué razón el Señor antes advirtió lo que debía hacer, y Noé hizo todo: pero esto que no fue advertido lo hizo, tal vez se pregunte. Pero ciertamente el Señor no debía, como un avaro, pedir la recompensa de la gracia, y el justo entendió que la verdadera acción de gracias es la que no se ordena, sino que se ofrece. Así que no sufrió dilación. Porque la virtud agradecida del alma excluye la duda; pero quien espera que se le exija la deuda de gratitud, es ingrato. Pero lo que edificó, dice, a Dios, y no dijo al Señor, sino a Dios; según la interpretación del nombre, esta acción de gracias no parece ser forzada como al Señor; sino que la virtud del justo es obediente y agradecida como a Dios. Lo que es imperial lo separó; lo que es de beneficio lo nombró.

79. Y tomó de las bestias, y de las aves puras, y ofreció, dice, holocaustos (Ibid.). La letra es evidente en que debemos ofrecer lo que es incontaminado, en lo que brille el afecto del oferente. Pero la interpretación más elevada tiene esto, que las bestias puras parecen ser los sentidos del sabio; las aves, en cambio, el intelecto, que son mucho más sutiles y ligeros.

80. Ahora consideremos más detenidamente qué significa lo que dice: Y dijo el Señor Dios: Reflexionando no volveré a maldecir la tierra por las obras de los hombres; porque el corazón del hombre permanece diligentemente sobre el mal desde la juventud (Ibid., 21). No, pues, volvería a golpear toda la tierra, como lo hizo, todos los días de la tierra. Aunque había castigado al género humano; sin embargo, había comprendido que la venganza de la ley sirve para el temor, y el conocimiento de la doctrina, más que para el cambio de la naturaleza, que puede corregirse en algunos, pero no puede cambiarse en todos. Por lo tanto, el Señor castigó para que temiéramos: perdonó, para que fuéramos reservados. Y castigó una vez como ejemplo de temor, perdonó en lo sucesivo, para que no dominara siempre la amargura del pecado; al mismo tiempo, porque si alguien desea castigar los pecados con frecuencia, se le considera más áspero que censor. Por eso dice el Señor: No volveré a maldecir la tierra por las obras de los hombres, es decir, porque quiso declarar su piedad hacia la universalidad de los hombres, y sin embargo no debía traer seguridad y negligencia a las mentes humanas, castiga a pocos, reserva a muchos. Luego, cuando dice: No volveré, muestra que alivia más bien las cargas de los hombres que las agrava, sabiendo que los pecados de los hombres no

pueden ser eliminados por completo. Como en un proverbio: Si alguien desea sacar agua con un tamiz fino, así quien intenta quitar la malicia de los corazones de los hombres.

81. No volveré, dice, a maldecir la tierra por los pecados de los hombres; porque el sentido del hombre permanece diligentemente sobre el mal desde la juventud. Mira cómo Dios nos indica que pecamos con diligencia, diciendo que el sentido del hombre permanece diligentemente sobre el mal: con lo cual parece significar que el corazón del hombre se inclina diligentemente hacia los pecados, y que en nuestro principal hay un resbalón de pecar, y lo que es peor, no falta el estudio. Por eso dice, diligentemente, como si estuviéramos preocupados de que la inmunidad de culpa pueda sobrevenirnos. Luego no dijo en un solo mal, sino sobre los males. Y añadió, desde la juventud; desde esa edad crece la malicia, aunque en otro lugar hemos leído que ni siquiera un niño de un día está sin pecado (Job XIV, 5). Pero incluso la infancia no está sin pecado debido a la debilidad del cuerpo, pero la diligencia y el estudio de pecar comienzan desde la juventud; para que el niño peque como débil, el joven como impío, que desea cometer pecados con diligencia, y se gloríe en los crímenes. Pues para muchos la inocencia se considera pereza, y la culpa se tiene por alabanza. Así se acostumbran los jóvenes a jactarse de la lujuria y los placeres y los afectos de los adulterios. Por lo tanto, la culpa crece con las edades. Así que ya no declara que todo el género humano será consumido, cuando dice: No volveré a golpear toda carne: sino que en parte se reserva la venganza.

CAPÍTULO XXIII.

Lo que dice el Señor: Semilla y cosecha, frío y calor no cesarán, se explica literal y moralmente.

82. Qué significa también lo que dice: Semilla y cosecha, frío y calor, invierno y verano, día y noche no cesarán (Gén. VIII, 22). Según la letra, significa que permanecerán mientras permanezcan según la institución del Señor, y que su estado será incorrupto en sus tiempos, ya sean animales o todos los bosques. Porque cuando los tiempos se corrompen, también se corrompen aquellos que se generan en sus tiempos. Pero si hay confusión de tiempos, ¿cómo pueden permanecer aquellos que son generadores cuando se hace confusión? Por lo tanto, son los tiempos los que o corrompen o preservan, según la calidad que tengan. Por eso el año se compone de contrarios, primavera, otoño, verano, invierno, como la armonía de una canción parece consistir en la mezcla de graves y agudos. Así, pues, este mundo se contiene de contrarios, aire y tierra, fuego y agua. Nuestros cuerpos también mantienen un cierto orden de naturaleza con frío y calor, humedad y sequedad. Porque si el orden natural y la medida se confunden, entonces necesariamente sigue la destrucción. Por lo tanto, el Señor promete que un cierto orden de tiempos, eliminada la confusión del diluvio, será para la perseverancia del mundo.

83. Pero el sentido más elevado tiene esto, que por semilla entendemos el principio, por cosecha entendemos el fin. En ambos está la causa de la salvación. Uno sin el otro es imperfecto; porque donde hay principio se busca el fin, y no puede haber principio si se elimina el fin, y el fin recurre al principio. Por lo tanto, siempre en lo mismo recursará mientras esté en este mundo, recuerda el género humano, para que cuando comience el año, termine: cuando termine, comience, no se disuelva el mundo en medio del tiempo. Así también la mente, cuando parece comenzar algo, se esfuerza hasta el fin, y busca el término de su obra. Cuando termina alguna obra, no como si fuera golpeada por la obra consumada: sino que recurre a otras obras, y siempre ejercita los incrementos de la virtud; cuando ve que

la tierra siempre se devuelve a sus frutos, que son diversos ya sea en primavera y verano, como en las partes de Oriente, o en verano y otoño, como en las partes de Occidente.

84. En un tiempo, los campos producen sus semillas; en otro, recogemos los frutos de los árboles. Por lo tanto, los frutos se dividen en necesarios y placenteros: los necesarios provienen de las semillas de la tierra; mientras que los frutos de los árboles son placenteros. Así, nuestro cuerpo se alimenta naturalmente, como en primavera, con aire y comida. *Àép* en griego se traduce como "ver" en latín. Por eso, la Escritura toma ejemplos de las partes del Oriente, y especialmente de Egipto, por donde pasó el hebreo, o de las partes de Fenicia. El alma, sin embargo, se alimenta de los frutos placenteros, es decir, de la sabiduría: para ella, como para nuestro cuerpo, el frío y el calor son contrarios, así como el temor y la ira parecen adversos. Pero, dado que está en el cuerpo, es necesario que tenga ira y temor, y no puede estar sin esta necesidad corporal de la naturaleza. Por eso, la mente del sabio distribuye moderadamente lo justo; para que no mezcle la ira y el temor, y se produzca una confusión en su alma y un diluvio.

85. También, cuando dice día y noche, entiendes por día la virtud iluminadora, y por noche reconoces la insensatez tenebrosa. Así, en el temor, como en el frío, puede haber una virtud iluminadora. De manera similar, la templanza puede reprimir la ira; para que en el temor algunos no se disuelvan completamente, y dirijan más el temor hacia las obras de la virtud. Por ejemplo, si un perseguidor insiste, para que temas más a Dios, y consideres que los castigos eternos deben evitarse más que los presentes, que mientras temas, te enciendas hacia la gloria, enojado con la perfidia y el crimen. Nuevamente, moderas la conmoción de la ira con el temor divino.

CAPÍTULO XXIV.

Sobre la prerrogativa del poder otorgado divinamente a los hombres sobre los demás animales mediante la bendición con la que Noé y los suyos fueron dotados. Y cómo se entiende que el Señor dio a los mismos hombres todos los reptiles como alimento, aunque algunos de ellos sean venenosos.

86. Y bendijo el Señor a Noé y a sus hijos, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla: y vuestro temor y temblor será sobre todas las bestias de la tierra, y sobre todas las aves del cielo, y sobre todo lo que se mueve sobre la tierra, y sobre todos los peces del mar (Gén. IX, 1 y 2). Esta prerrogativa de poder sobre los demás animales parece haber sido atribuida a los hombres y en las partes superiores. Pero en el lugar donde dijo que Dios hizo al hombre, se dice: Macho y hembra los creó, y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla, y tened potestad sobre los peces del mar, y las aves, y las bestias de la tierra, y los reptiles (Gén. I, 28). Lo mencioné para que entiendas la doble generación del hombre expresada: una según la imagen de Dios, otra según la formación del barro de la tierra. Finalmente, esa creación del hombre del barro de la tierra parece haber sido hecha después del mundo, después de que Dios descansó de sus obras. De alguna manera, la formación de la estatua terrenal se genera tarde. No había lluvia sobre la tierra, ni el hombre trabajaba la tierra. Entonces Dios formó al hombre del barro de la tierra, y sopló en su rostro el espíritu de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente (Gén. II, 5 y 7). Pero aquel en el sexto día, como en un número perfecto en el que todas las obras de Dios fueron concluidas, fue constituido como hombre según la imagen de Dios, al cual también se compara este que fue hallado justo en el diluvio. Y por eso Dios lo constituyó sobre todas las

cosas terrenales, así como a aquel hecho a imagen de Dios, porque ambos se abstenían de los vicios terrenales. Aquel que fue generado de tal manera que no debía nada a la contaminación terrenal: este que fue aprobado en peligros, examinado en pasiones, y hallado que no había sido sujeto a la pasión en la confusión.

87. Sin embargo, un sentido más elevado tiene que el justo se incrementa en magnitud y multitud de virtud, y doctrina; y llena la tierra, como un corazón en el que hay un receptáculo de inteligibles. Así, no permite que haya nada vacío de sabiduría, que la insensatez pueda invadir. Domadas, por lo tanto, no solo todas las pasiones terrenales, sino también los sentidos corporales, también somete a las bestias a sí mismo con cierto terror y temor, en las que parece haber una especie de malicia y ferocidad. Toda malicia es indómita y agreste, y se infla con cierto orgullo aéreo. Tampoco es oscuro que algunos reptiles tienen una especie de pasiones letales, de las cuales parece infundirse un veneno en la mente. Por lo tanto, el justo manda sobre todos estos con los que no se mezcla: pero los cohibe, si su mente no es llevada por el deleite, la codicia, la tristeza o el temor; tampoco lleva una vida resbaladiza y caduca con lujuria y placeres, sino que un hombre sabio aleja de sí tales pasiones con continencia y templanza.

88. Pero porque añadió inmediatamente: Todos los reptiles que están vivos serán para vosotros como alimento (Gén. IX, 3); no sea que te mueva porque antes hablamos de reptiles venenosos, reconoce que hay reptiles venenosos y otros mansos. Por lo tanto, toma de los reptiles mansos, que aunque no todos se arrastran con el vientre y el pecho como las serpientes, tienen patas tan pequeñas que parecen más arrastrarse que caminar. Así que toma las pasiones impuras en el cuerpo como similares a los reptiles venenosos, pero las decorosas como las de los mansos. Porque todo afecto que está más allá del atractivo deformante del placer es una pasión, pero una buena pasión. La codicia más suave, la ira y el temor son pasiones nocivas para el alma; pero los afectos inocuos son buenas pasiones. Y de estos se nos proporciona un cierto uso y causa para vivir: usamos su alimento para la gracia de la vida, nos deleitamos con sus banquetes.

CAPÍTULO XXV.

Si el Señor ordenó alimentarse más de vegetales que de carnes; y cómo Moisés nos protegió contra las opiniones de los filósofos sobre el alma, cuyas diversas doctrinas se refieren: también cómo distinguir entre la parte racional y sensitiva del alma; y qué significa que el alma se llame sangre.

89. ¿Qué significa también lo que dijo: Como las hierbas del campo os he dado todo (Gén. IX, 3)? En lo cual, incluso aquellos que entienden simplemente, sin examinar el discurso, no parecen estar en contra de nosotros. Hay quienes piensan que las hierbas parecen haber sido atribuidas a nosotros como alimento por la voluntad de Dios, para que debamos usarlas más que los banquetes carnales: sin embargo, yo me conformaría con esto, para que el uso de las hierbas prevalezca más en la humanidad, hacia la frugalidad y la templanza; si no viera que aquellos que no lo aceptan de buena gana, podrían responderme que no todas las hierbas son adecuadas como alimento para los hombres. Además, porque no toda la humanidad es guiada por el amor a la sabiduría y la continencia, para que pueda seguir la continencia. Y por eso, lo que es un precepto general, no podemos derivarlo a una pequeña porción de la humanidad, ya que este precepto se da a todos los hombres.

90. Por lo tanto, consideremos lo que dijo: Como las hierbas, os he dado todo, no todas las hierbas os he dado como alimento. Que aquellos que usan carne, la usen como hierbas, no para la distensión, ni para la gordura del cuerpo, que los banquetes de carne suelen causar. Pero así como no todas las hierbas son adecuadas para el uso alimenticio, tampoco todo reptil vivo es adecuado para el uso de banquetes. Porque debemos abstenernos de todos los venenosos, aunque la lujuria ha avanzado hasta aquí, para consultar más el placer que el peligro, y en muchos casos, al cortar lo que se dice que es naturalmente venenoso, reclama la parte restante como alimento; que aunque no esté llena de peligro, sin embargo, está cerca del peligro, y es necesario que alguna corrupción se haya infundido en el jugo de toda la carne. Muchos también atraviesan ciervos y animales veloces con flechas venenosas, y después de cortar una parte de los miembros, usan el resto del cuerpo como alimento.

91. Pero en cuanto al sentido más elevado, esto es, de donde más se dijo que las pasiones irracionales deben estar sujetas a la mente del sabio, como las hierbas al campesino; y así usamos estas como pensamientos reptantes, como el agricultor usa las hierbas, que aunque no pueden dañar, no tienen la gracia de un alimento más fuerte. El precepto general y común para todos no indica géneros más altos de virtudes, que ciertamente son de unos pocos. Pero incluso si alguien no puede ofrecerse banquetes más fuertes de virtudes, sin embargo, debe tener tales pasiones que no dañen, sino que deleiten.

92. Por eso, al principio, el santo Moisés nos informó e instruyó sobre la insuflación del alma, para que no caigamos en las diversas opiniones de los filósofos, que no pueden ser consistentes consigo mismos. Muchos han sentido de manera diferente, como Critias y sus discípulos, diciendo que la sangre es el alma, ciertamente esta alma con la que vivimos, que es sensible, no aquella alma que se estima racional e inteligible del hombre interior. Sin embargo, aunque Hipócrates no desaprobó el ingenio de Critias, ni refutó su argumento; no obstante, no estuvo de acuerdo con su opinión. Aristóteles dijo que era ἐντελεχεία (lib. I de Anima, texto 29 y 30). Otros quisieron que fuera fuego. Por lo tanto, mantengamos esta división; para que separemos lo que es racional del alma, cuya sustancia es el espíritu divino, como dice la Escritura: Porque sopló en su rostro el espíritu de vida (Gén. II, 7). Pero hay en ella un cierto nutriente vital por el cual este cuerpo es animado, y también algo deleitable. Por lo tanto, la sustancia de esas partes vitales y deleitables del alma es llamada sangre por algunos; aunque también la Escritura ha dicho: El alma de toda carne es la sangre (Lev. XVII, 11 y ss.). Por lo tanto, propiamente llamó a la sangre el alma de la carne. Porque en la carne está el deleite y la pasión, no la mente y la razón. Sin embargo, si prestas atención diligente, este lugar lo explica. Porque cuando en este lugar llamó al alma sangre, ciertamente significó que el alma es una cosa, y la sangre otra, para que la sustancia del alma sea el espíritu vital: pero que el mismo espíritu vital no trae el uso de vivir por sí solo y sin sangre, sino que se mezcla con la sangre; porque hay lo que se llama arterias como receptáculos del espíritu, que no solo abrazan aire puro: sino también sangre, pero una porción mucho menor de sangre. Porque aunque son vasos gemelos, una cosa es la vena que en griego se llama φλέψ, otra cosa es la arteria. La vena tiene más sangre que espíritu, esto es, φλέψ; la arteria tiene menos sangre, mucho más espíritu. Ya la proporción es por la diversidad de la naturaleza de cada individuo.

93. Sin embargo, el sentido más elevado debe deleitarte, que significa que la sangre se llama alma porque la sangre es cálida e ígnea, como es la virtud. Por lo tanto, cualquiera que esté encendido por el estudio de la virtud, y haya asumido el vapor de la alabanza, excluye todos los deleites del vientre. Por lo tanto, dice, en el ardor de la virtud, rechazaréis los pensamientos carnales y terrenales, como inadecuados para el alimento espiritual. Porque no

comía carne, esto es, no pensaba en algo terrenal, quien dijo: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Juan IV, 34), inspirando a los hombres el estudio de la virtud, e infundiendo el deseo de la divina contemplación. Por lo tanto, los pensamientos terrenales e infames, como emasculados y sin uso de sangre, son considerados. Y se dice que aquel está emasculado, quien ha perdido mucha sangre, porque con la efusión de sangre se enfría. Por lo tanto, cualquiera que sea diligente en las virtudes, rechaza y descarta los alimentos corporales, excepto en la medida en que sabe que es suficiente para la naturaleza. Pero cualquiera que sea más negligente, como si hubiera seguido el curso resbaladizo y acuoso de esta vida, cae en el vientre y el estómago, como si hubiera perdido sus huellas. Por lo tanto, desea las cosas terrenales, ajeno al alimento celestial: y quien no puede decir: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20). Y por eso, para provocar a los secretos, el mismo dijo: No toquéis, no probéis, no gustéis lo que es para la corrupción por el mismo uso, según los preceptos y doctrinas de los hombres que tienen apariencia de sabiduría, en la observancia de la religión y la humildad del corazón, no en la indulgencia del cuerpo, no en algún honor para la saciedad y el cuidado de la carne (Col. II, 21 y ss.).

CAPÍTULO XXVI.

Peor que las bestias es aquel que mata a su hermano, es decir, a un compañero de la misma naturaleza; sin embargo, se debe temer más peligro de los mismos hermanos de sangre; y no se les quita el nombre de hermano, para que su impiedad sea más grave. De donde se deriva la enseñanza moral, que cada uno debe cuidarse de sus propios pensamientos y palabras. Qué tipo de amenaza se hace al autor del derramamiento de sangre: lo que se dice del hombre, a imagen de Dios lo hizo: y qué nos enseña la causa añadida de la venganza.

94. Finalmente, este sentido es aprobado por lo posterior; porque dice: Porque ciertamente vuestro sangre, y las almas vuestras, demandaré de todas las bestias, y de la mano del hombre (Gén. IX, 5). Comparó la malicia bestial, o más bien, acumuló la iniquidad del hombre más allá de la ferocidad de las bestias, diciendo: De la mano del hombre, de su hermano. Porque las bestias no tienen nada en común con nosotros en cuanto a naturaleza, no están vinculadas por ningún derecho fraternal. Si dañan a los hombres, lo hacen como a extraños. No violan los derechos de la naturaleza, no olvidan el afecto de la hermandad. Por eso, el hombre peca más gravemente cuando trama contra su hermano: y el Señor prometió que se vengaría más severamente diciendo: Demandaré la sangre del hombre de la mano de su hermano. ¿No es hermano aquel a quien un cierto útero de naturaleza racional ha dado a luz, y la misma generación de madre nos ha unido? Porque la misma naturaleza es madre de todos los hombres; y por eso todos somos hermanos, generados por una misma madre y vinculados por el mismo derecho de parentesco.

95. Por eso, el Señor también llamó hermano a aquel de quien se demanda la sangre del hermano, significando que se debe temer más peligro de aquellos que están más unidos a nosotros por el derecho fraternal. Porque de ahí provienen las insidias, de ahí los peligros más frecuentes para los hombres, y para comprender más específicamente, que en la división de la herencia, los odios entre hermanos crecen más frecuentemente. Además, si a un hermano se le ha dado más por parte de los padres, los otros hermanos se indignan más, y tratan de arrebatarse la gracia otorgada por los padres mediante el parricidio. Estas son las guerras más sospechosas, guerras no solo de ciudadanos, sino de familias individuales. Por lo tanto, el Señor incluyó en el juicio de venganza a aquellos que sabía que más le insidiarían.

96. La tercera razón es que al llamarlo hermano, no porque el parricida sea digno del nombre de piedad: sino para que más se agrave con el nombre de piedad, y de ahí se incremente el crimen, para que la venganza del impío sea más justa. Por lo tanto, nuestro Señor Dios promete venganza: para que al menos así se quiebre por el miedo, quien ha olvidado la piedad; y sepa que aunque el homicida escape de los hombres, no puede evadir el juicio de Dios, sino que está reservado para un castigo mayor y eterno.

97. Sin embargo, en un sentido más elevado, entendemos que debemos cuidarnos no solo de las insidias de los extraños, sino también de las nuestras, es decir, de nuestros pensamientos domésticos. Luego, debemos observar no solo de la malicia de la mente, sino también de nuestros propios discursos. Por eso dice: En la multitud de palabras no escaparás del pecado (Prov. X, 19). Por lo tanto, esto parece significar que no solo de nuestra obra, sino también de nuestro discurso, que es más doméstico, debemos rendir cuentas al Señor. Y por eso debemos considerar más diligentemente, para no contraer ofensa ni con palabra ni con obra; porque así como con la boca se hace la confesión para la salvación, así con la boca se hace el desliz hacia la muerte.

98. Quien derrame, dice, la sangre del hombre, por la sangre del hombre suya, será derramada (Gén. IX, 6). No es un error de expresión, sino una énfasis, es decir, se ha hecho una exageración de las palabras, porque aquel que derrame la sangre del hombre, él mismo será derramado como sangre, lo que le quita la esperanza de posteridad; porque así como la sangre derramada en la tierra se esparce aquí y allá, así el alma de los impíos se disuelve al modo de la fragilidad corporal (Job XXXIII, 28); porque también se ha dicho de la muerte del alma que es corrupción, porque se ve privada del don de la gracia celestial, y como si chocara con los escollos de la malicia, disminuye el cuerpo de su salud.

99. También inquieta a muchos que haya dicho: A imagen de Dios hizo al hombre (Gén. IX, 6): y no haya dicho: A mi imagen, siendo él mismo Dios. Pero entiende que es tanto el Padre como el Hijo. Y aunque por el Hijo fueron hechas todas las cosas, sin embargo, leemos que el Padre hizo todas las cosas, y las hizo por el Hijo, como está escrito: Todo lo hiciste en sabiduría (Sal. CIII, 24). Por lo tanto, ya sea que el Padre diga, a imagen del Verbo lo hizo: o el Hijo diga, a imagen de Dios Padre lo hizo. Y por eso muestra que la naturaleza del hombre es familiar y doméstica para Dios, es decir, del hombre racional según el cual fuimos creados a imagen de Dios; y por esa razón no queda impune ante Dios lo que ve que se ha cometido cruel e impiamente contra un ser doméstico.

100. La causa añadida de la venganza hace que primero excluyamos las opiniones de algunos filósofos, que niegan que Dios tenga cuidado de los hombres: luego, sabiendo que la prerrogativa de nuestra venganza permanece ante Dios, no cometamos contra otros lo que debe ser vengado por el juicio divino; ni temamos más vehementemente la muerte, sabiendo que la muerte de un hombre inocente no es despreciada ante Dios.

CAPÍTULO XXVII.

Se promete que no habrá un diluvio de tal magnitud que corrompa toda la tierra; y esto se traduce a las pasiones del alma. En el arco que se dice que se pondrá en las nubes, no se debe entender el arco iris, sino la intensidad y relajación de la virtud divina.

101. No habrá, dice, diluvio que corrompa toda la tierra (Gén. IX, 11). Parece dudoso: si se debe entender que no habrá diluvio que corrompa la tierra; porque eso es lo que los diluvios

suelen hacer: o si no habrá tal diluvio que toda la tierra sea corrompida, lo que los posteriores aclaran, cuando dice que no se corromperá toda la tierra. Porque muestra que ciertamente habrá diluvios, pero no de tal magnitud que puedan corromper toda la tierra.

102. El sentido más profundo de esto es que ya es la providencia futura del Señor, para que no haya un diluvio de pasiones corporales tan grande que toda alma perezca. Y ciertamente no me atrevo a decir que el Señor parece establecer que ninguna alma pueda perecer completamente. ¿Qué decimos del parricida? ¿Qué del homicida? ¿Qué del adúltero? ¿Qué del prevaricador? ¿Qué partes del alma le reservamos para el perdón? Por lo tanto, creo más bien que el Señor Dios provoca, para que incluso si alguien tiene pasiones más leves, no desespere completamente de la gracia divina, ni dude de que vivirá de alguna manera. Pero incluso si es lujurioso y no puede evitar el estudio de la lujuria, al menos que se esfuerce por abstenerse del adulterio; que haya deleite en el banquete, pero no en la fornicación. Incluso si hay algún avaro que ha despojado a otros, ha expulsado a los huérfanos, ha eliminado a las viudas, que al menos después, regresando al arrepentimiento, restituya lo que ha quitado. Finalmente, Zaqueo mereció el perdón porque no solo prometió restituir, sino dar el cuádruple a quienes había quitado algo, y también donar la mitad de su patrimonio a los pobres.

103. Consideremos también con más diligencia lo que significa cuando dice: "Pondré mi arco en la nube, y será señal del pacto eterno entre mí y la tierra: y cuando nublaré nubes sobre la tierra, aparecerá mi arco en la nube, y me acordaré de mi pacto" (Gén. IX, 13 y ss.). No es, como muchos piensan, el arco que dicen los hombres que es, por el cual se declaran algunas señales de lluvias, en el que se figuran colores diversos como rayos del sol, a veces resplandecientes, a veces brillando con luz más clara: de donde también se significa la lluvia futura, porque cierta inconstancia de serenidad se demuestra con una apariencia multicolor. Algunos llaman a este arco "iris": pero lejos esté de nosotros decir que este es el arco de Dios. Este arco que se llama iris, suele verse durante el día, no aparece de noche. Incluso durante el día, si el aire está cubierto de nubes oscuras, ni siquiera así se ve, a menos que tal vez cuando las nubes más pesadas comiencen a disiparse.

104. Veamos, pues, si el arco con el que se lanzan flechas, a veces se tensa, a veces se afloja, parece que la Escritura indica una cierta extensión y relajación, por la cual no se rompa todo por una extensión excesiva; sino que haya una cierta medida, y un cierto examen de la virtud divina. Es, por tanto, la virtud invisible de Dios que, con la apariencia de este arco de extender y aflojar, modera según la voluntad divina, la misericordia, el poder, que no permite que todo se confunda por una relajación excesiva, ni se rompa por una irrupción excesiva. Por eso dice que se pone en las nubes, porque es entonces cuando más se necesita la ayuda de la providencia divina, cuando las huestes de nubes se reúnen en tormentas y tempestades. Por eso dice: "Pondré mi arco en la nube", no "pondré la flecha". El arco es el instrumento para lanzar la flecha. Así que no es el arco el que hiere, sino la flecha. Y por eso el Señor pone el arco en la nube más que la flecha, es decir, no aquello que hiere; sino lo que tiene indicio de terror, no suele tener efecto de herida.

CAPÍTULO XXVIII.

Enumerados los tres hijos de Noé, se menciona primero la generación de Cam para amplificar su pecado, y se demuestra la generación impía que procede de él: lo cual debe entenderse moralmente como la mala pasión generadora de una pasión impropia.

105. ¿Por qué razón, habiendo contado antes a los tres hijos de Noé, Sem, Cam, Jafet (Gén. IX, 18), en este lugar se comprende la generación de un solo hijo del medio? Esto es lo que dice: "Cam era el padre de Canaán: estos tres eran los hijos de Noé" (Ibid., 19). Y más aún cuando los otros dos eran justos, y este del medio era injusto. Por lo tanto, primero se comprende la generación del injusto que la de los justos. Pues no podemos negar lo que está escrito: pero para acumular su delito se añade su generación; porque teniendo un hijo y siendo padre, él solo no conoció a su padre, quien más debería haberlo conocido. Y por eso mereció tener un hijo impío, porque él había sido impío con su padre. Al mismo tiempo, significa que de ese Canaán procedieron los cananeos, quienes después de muchas generaciones fueron oprimidos por el pueblo justo y cedieron a su posesión. Por lo tanto, es manifiesto que Canaán fue el autor de los cananeos, quien fue el hijo de este Cam que se mostró impío con su padre.

106. Sin embargo, un sentido más profundo se señala con la interpretación de los nombres. Cam significa calor, Canaán significa turbación de ellos. Porque el que se calienta, inmediatamente se mueve y perturba; por lo tanto, se declara evidentemente que no tanto un hombre fue el padre de los hombres, sino una mala pasión generadora de una pasión impropia, que estaba alejada de las costumbres del padre, es decir, del uso de la virtud.

CAPÍTULO XXIX.

Cómo Noé se convirtió en agricultor; cuál es la diferencia entre un agricultor y un trabajador de la tierra: y cómo uno cultiva su carne, otro la trabaja. Por qué Noé plantó primero una viña, es decir, algo no necesario, cuando las fuentes son suficientes para beber: por qué también está escrito sobre él: "Y bebió del vino": donde se discute sobre la doble embriaguez; y finalmente sobre la doble desnudez del alma.

107. "Y comenzó Noé a ser agricultor de la tierra" (Gén. IX, 20). Parece, a primera vista, que Noé, hombre justo, se compara con aquel Adán que fue hecho de la tierra; porque también está escrito de él que, expulsado del paraíso, comenzó a trabajar la tierra (Gén. III, 23); y de este también que, saliendo del arca, se convirtió en agricultor. Y en ambos había precedido una cierta forma de diluvio, porque tanto Noé después del diluvio, como Adán después de la constitución del mundo según la formación del cuerpo. Pues para que el mundo se hiciera, las aguas se reunieron en una sola congregación, para que se viera la tierra que antes no podía verse por la confusión de las aguas. Así que, como aquel primigenio parece haber trabajado la tierra, también Noé, saliendo del arca, se convirtió en autor de la siembra y el cultivo. Estas cosas parecen similares: pero si consideras las palabras que ya expresan la fuerza de un sentido más profundo, es diferente ser trabajador de la tierra que ser agricultor. Uno actúa como mercenario, otro como dueño de casa. De hecho, Caín, que mató a su hermano, era trabajador de la tierra. Y para que sepas que trabajar la tierra es más servil que libre, la operación de su parricidio está comprendida en la maldición. De hecho, está escrito: "Porque trabajarás la tierra, y no aumentará su fuerza para darte: serás errante y fugitivo sobre la tierra" (Gén. IV, 12).

108. La tierra, sin embargo, es nuestra carne que el impío trabaja, pero el bueno cultiva. Aquel busca como si fuera una recompensa de la tierra; este busca como si fuera el fruto de la buena disciplina; para que haga su campo más fructífero, y que pueda responder a los cultivos del Señor, y muestre la indulgencia del cultivador. El trabajador, sin embargo, ¿qué otra cosa busca sino solo el alimento de su cuerpo, cuidando más del uso del vientre, y contento con

lograr solo lo que pueda serle útil para el sustento? Pero el otro se alimenta de la utilidad de los frutos. Reconoces qué frutos tiene el justo. Los frutos del espíritu son amor, gozo, paz, paciencia, bondad. Por lo tanto, el buen agricultor tiene continencia, castidad, para que si algunos árboles se inclinan rápidamente hacia la tierra, y germinan demasiado, los corte con la hoz de su templanza, para que desechen lo que es débil, y germinen lo que es decoroso.

109. ¿Por qué el justo planta primero una viña, y no trigo o cebada? ¿De dónde una viña después del diluvio y la corrupción de la tierra? Pero de esto hemos hablado antes (Cap. 19 y 20); porque en primavera incluso las raíces de las vides corruptas pudieron brotar. Por lo tanto, creo que debe resolverse con mayor cuidado, porque el justo busca primero lo que es placentero, que lo que es necesario. Los frutos necesarios son el trigo y la cebada, sin los cuales no podemos vivir: el vino, sin embargo, es placentero, y dado por causa de la delectación. Porque es justo, por eso se apropió más de lo que era secundario, que de lo que era primero. Los alimentos necesarios para vivir los ofreció a Dios, lo que era. Pero el vino superfluo, no necesario, a los hombres.

110. Pero tal vez digas que sin bebida no pueden vivir los hombres, así como tampoco sin comida. La bebida es necesaria, como la comida: no lo niego. La sed ciertamente es necesaria, establecida por el Señor: no me opongo. Y por eso para la bebida necesaria conviene derivar fuentes y ríos, que no fueron hechos por la mano del hombre, sino que fluyeron por mandato y operación de nuestro Señor Dios. Pero para que no retuerzas lo que dijimos sobre la operación del Señor, a lo que parece que la operación de Caín tuvo maldiciones; considera que no es la operación la que recibe el nombre de maldición, sino lo que está escrito, trabajar la tierra. Porque el que trabaja la tierra es un mercenario. Pero aquel no es un mercenario, sino el Señor, que dice: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan V, 17). ¿Qué obra este tipo de trabajador? Escucha: "Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Juan IV, 34).

111. "Y bebió", dice, "del vino, y se embriagó" (Gén. IX, 21). No dijo, bebió vino; ni el justo bebió vino; sino "del vino", es decir, libó de su porción. Es propio del borracho absorber todo el vino, y del intemperante vaciar lo que ha tomado: pero al continente le corresponde usar una medida legítima. Por lo tanto, hay dos tipos de embriaguez, una que trae tambaleo al cuerpo, y trastorna sus pasos, y perturba el sentido: otra que parece vaporizar la mente con la gracia de la virtud, y parece alejar toda debilidad. Por eso el Apóstol dice: "Usa un poco de vino por tus frecuentes enfermedades" (1 Tim. V, 23). Así como con esta moderación de beber el vino no es para la enfermedad, sino para la salud, y alivia toda debilidad del cuerpo: así también aquella embriaguez gloriosa excluye toda debilidad de la carne, de la cual está escrito: "Y la copa que embriaga, ¡cuán gloriosa es!" (Sal. XXII, 5). ¿Cuál es esta embriaguez? "Embriagaos", dice, "no con vino en el cual hay lujuria: sino llenaos del Espíritu Santo" (Efes. V, 18), como dijo el Apóstol. Y según la letra, por lo tanto, es una advertencia, y según el sentido más profundo del sabio, es una alabanza. Es cauteloso quien, aunque se desnude, se desnuda en su propia casa, donde no faltan coberturas, y ciertos velos de embriaguez; para que sepa ocultar sus vicios.

112. Las cosas corporales, por lo tanto, cubren el cuerpo desnudo, como las paredes y los techos: pero veamos cuáles son las coberturas del alma. Pero entonces encontramos coberturas, si discutimos su desnudez. Hay, sin embargo, una doble desnudez del sabio. Por lo tanto, nuestra mente está vestida con un doble manto, si comete un pecado imprudente; esta es la desnudez como de una mente ebria, para que no sepa que peca, como si, llevada por una cierta embriaguez de ignorancia, cayera en el vicio: o nuevamente, sepultada en el sueño

de la negligencia y la ignorancia, no sepa su error. Cuando caemos en estas cosas, o más bien cuando caemos en muchos pecados incluso por conocimiento (pues hay una cierta embriaguez natural de nuestra debilidad, para que, llevados por el ímpetu de la delectación, caigamos en el vicio, como muchos encendidos por el calor juvenil, o inflamados por la lujuria y la delectación, o arrebatados por la codicia de la avaricia), ciertamente se debe buscar medicina para todas estas cosas, para que alguien cubra su debilidad de este tipo, primero con una cierta vergüenza y pudor; para que incluso si todavía está en el resbaladero de pecar, al menos dé una señal de enmienda. Porque hay una gran diferencia entre desear jactarse de sus pecados. En uno hay una impudencia vergonzosa, en el otro una vergüenza tolerable muestra esperanza de corrección futura.

113. Pero hay otra desnudez del alma, porque arroja y se despoja de una carga del cuerpo, como huyendo de una especie de sepulcro de la carne. Porque la garganta de este tipo de hombres es un sepulcro abierto, en el cual sepulcro el alma es como enterrada, cargada de delectaciones y pasiones de codicias diversas. Por lo tanto, se despoja de la acumulación terrena, y como si escapara y huyera de ciertas redes que la rodean, cualquiera que se haya despojado de todo lazo de pasiones, y haya alejado toda aquella fea apariencia de mancha terrena, para ver la luz del eterno decoro.

CAPÍTULO XXX.

¿Por qué Cam fue llamado entonces padre de Canaán, cuando este aún no había nacido; y de qué manera en la persona de Cam, que se burla del padre, se debe entender que todos los impíos se alegran si los hombres buenos caen en culpa?

114. Pregunto ahora por qué no dijo simplemente: "Vio Cam la desnudez de su padre"; sino: "Vio Cam, padre de Canaán" (Gén. IX, 22). Ciertamente Canaán no había nacido: ¿por qué, entonces, añadió el nombre del hijo; sino para que la herencia se deformara por el vicio del autor, y el autor del hijo se agravara por la maldad? Y tanto el padre en el hijo, como el hijo en el padre son reprendidos, teniendo en común la asociación de la necedad, la maldad, y también la impiedad. Y no podía ser que generara un buen hijo, quien él mismo, siendo hijo de un buen padre, se mostró necio, y degenerado tanto de la naturaleza como de la educación. Esto según la letra.

115. Pero en cuanto al sentido más profundo, todos los malos hábitos se deleitan en los errores ajenos: y no solo en los errores, sino también en lo que les parece malo, aunque no lo sea. Porque Noé no se sentía desnudo, quien estaba vestido con el manto de la sabiduría. De hecho, ni Adán, estando en el paraíso, se consideraba desnudo, sino después de que cometió el error de la prevaricación. Y cubierto con el manto de la sabiduría y la justicia, despojado por la prevaricación de los mandamientos celestiales, se vio desnudo, y pensó que debía ser cubierto con hojas. Por lo tanto, Cam se burla al ver a su padre desnudo. Porque todo impío, como él mismo está desviado de la disciplina, toma los errores ajenos no solo como consuelo de su propio error, porque ha encontrado compañeros en la culpa: sino que también se alegra con un afecto impío, como si él mismo hubiera corregido sus propios delitos. Por lo tanto, una mente mala se alegra de que algo haya sucedido fuera del propósito del sabio; cuando ciertamente la caída del cuerpo no debe estar en el vicio, aunque se considere caída, a menos que la mente también se incline hacia la culpa. Finalmente, tales errores deben considerarse veniales, no perseguidos con odio, no tenidos en burla. Pero la mente, como dije, impía, cuando piensa que el sabio ha errado, considera que debe insultarlo, porque cree que sus costumbres son contrarias a las suyas, porque su pecado parece ser refutado por un cierto

testimonio tácito del sabio; y por eso se alegra de que al hombre justo ni su erudición le haya servido, ni la justicia le haya favorecido, ni las cosas que son según el cuerpo hayan tenido cursos prósperos. Porque estas cosas se consideran como los mayores bienes entre los impíos, puestas en riquezas o en honor, que sin embargo no aportan ningún fruto a la alabanza de la virtud. Por eso parecen defensores de la insensatez, quienes consideran que el amante de la virtud ha sido privado del don de los bienes temporales, quienes piensan que todo bien debe ser estimado más por lo temporal que por lo perpetuo.

CAPÍTULO XXXI.

La piedad de Sem y Jafet es encomendada; y se expone qué significa que se dice que caminaron hacia atrás. Luego, cómo Noé se hizo sobrio. Finalmente, por qué la Escritura, habiendo puesto antes a Cam en medio, ahora lo llama el más joven.

116. ¿Qué significa que "Sem y Jafet pusieron el vestido sobre sus hombros, y fueron hacia atrás, y cubrieron la desnudez de su padre, y no vieron su desnudez" (Gén. IX, 23)? La letra expresó claramente el afecto de piedad, que los buenos hijos evitaron ver a su padre despojado de su manto, para que la reverencia paterna no se disminuyera ni siquiera con la vista. Porque incluso con el rostro silencioso, la piedad a menudo se ofende. Por eso también se dice que en Roma había una antigua costumbre de que los hijos, y especialmente los púberes, no entraran al baño con sus padres.

117. Pero el sentido más profundo tiene esto, que el insensato solo ve lo que está presente ante sus ojos, no considera el futuro, no recuerda el pasado. Pero el sabio recuerda el pasado y considera el futuro. Por lo tanto, toda mente sabia camina hacia atrás, es decir, mira el pasado; y no se ve impedida por un cierto uso de la naturaleza: no permite que nada de lo suyo esté vacío, nada desnudo. Cubre lo que se ha hecho de otra manera con un cierto manto y gracia, ya sea de la obra presente o futura; para que nada indecoroso pase, nada quede sin adornar. Por eso también el Apóstol olvidaba lo que estaba detrás, y se extendía hacia lo que estaba delante: pero olvidaba, para ocultar los errores de la persecución, para cubrir los delitos pasados, y para oscurecerlos con buenas obras. Porque bienaventurados son aquellos cuyos pecados están cubiertos (Sal. XXXI, 1); es decir, si se cubren con buenas acciones, y se occultan con las disciplinas de las virtudes que siguen.

118. "Y Noé se hizo sobrio del vino" (Gén. IX, 24). Es manifiesto que de la embriaguez, interponiéndose el sueño, los hombres se hacen sobrios: pero la mente es sobria cuando conoce tanto el pasado como el futuro. Por lo tanto, la mente del justo era sobria, incluso cuando se pensaba que estaba ebria. Porque es un poculum glorioso que embriaga a los justos. Pero verdaderamente estaba ebrio aquel que se reía de su padre. Porque el que no consideraba ni la gracia pasada de la generación, ni la reverencia presente del padre, ni el castigo futuro de la injuria paterna, verdaderamente estaba ebrio; y lo que pensaba ver, no lo veía. Había en él una profunda ceguera, que no podía ver al padre. Porque si hubiera visto al padre, ciertamente no se habría reído. Porque el padre no es para reírse, sino para venerarse. Mucho más la mente del justo no podía ver el insensato. ¿Cómo podía ver, quien pensaba que había un error de embriaguez, donde había un vapor perfecto de sabiduría y de las demás virtudes? Como está escrito: "Porque es vapor de la virtud de Dios" (Sab. VII, 25). ¿Cuándo es más sobria la mente, que cuando contempla la naturaleza de todas las cosas, y los asuntos de los tiempos presentes y futuros, de tal manera que no aparece en ella ninguna vacilación temporal de embriaguez?

119. También me pregunto por qué razón, habiendo dicho antes que era el menor entre los hijos de Cam, ahora lo establece como el más joven. Pues así está escrito: "Noé supo todo lo que le hizo su hijo menor" (Gén. IX, 24). ¿Acaso la Escritura se equivocó antes en el orden de la generación? De ninguna manera. ¿Qué sucede entonces? ¿Están ahora escritas cosas contradictorias? No lo creo. ¿Cómo se resuelve, entonces, si no es aceptando que el menor no se refiere a la edad o al tiempo, sino a alguien inmaduro en sentido y establecido en una cierta infancia del entendimiento, que no ha absorbido la doctrina de una edad más avanzada ni ha comprendido el consejo de los ancianos? Pues algunos tienen la sabiduría de los ancianos. Y por eso dice: "Cuando llegues al consejo de los ancianos, cierra tu boca" (Ecli. XXXII, 13). Y en otro lugar tiene la sentencia: "Debes aprender antes de hablar" (Ibid., 18, 19). Por lo tanto, ten los oídos preparados para que puedas obtener algo de los consejos de los sabios. La lengua debe ser reprimida, la audición preparada.

CAPÍTULO XXXII.

¿Por qué en la bendición de Sem se dijo: "Bendito sea el Señor, Dios de Sem"; y por qué no se somete a Cam, quien pecó, sino a su hijo? Finalmente, se expone la bendición de Jafet.

120. Bendiciendo a su hijo Sem, Noé dijo: "Bendito sea el Señor, Dios de Sem; y Canaán será su siervo" (Gén. IX, 26). Y dijo Señor y Dios, y especialmente Dios de su hijo cuyo nombre es Sem; porque Dios es de los justos, es decir, Dios de las alturas, no de los valles, que tienen la gracia de la virtud excelsa. Luego, ¿por qué razón, si su hijo Cam pecó, no lo sometió a él sino a su hijo a la servidumbre? Y tal vez porque el padre se ve más afectado por las injurias a su hijo, especialmente aquellas de las que él mismo es culpable y autor, y se entristece más intensamente por la condena de su pecado pagada por su hijo, quien no sería castigado tanto por su propio mérito como por el de su padre. Además, porque el hijo que es discípulo de la doctrina paterna y emulador de los peores pensamientos, ambos compartirían un mismo cuerpo y mente, y la misma malicia. Por lo tanto, indiferentemente, el hijo paga el precio de la malicia paterna o de la suya propia; porque hay una comunidad común de maldad. Lo que paga por la maldad del padre, sin duda también lo paga por la suya, siendo culpable de su falta: o ciertamente el castigo se prolonga más, ya que incluso se extiende hasta el hijo, y la aflicción del sucesor se prolonga en muchos tiempos. Esto según la letra.

121. Sin embargo, aquí no se comprenden tanto los hombres como las costumbres, cuya naturaleza es una en ambos. Pues Cam significa calor, Canaán agitación e inquietud: y quien es caliente, ciertamente es inquieto y más agitado. En los dos, por lo tanto, había una sola pasión y un solo afecto. Así que cuando uno es sometido, ambos son condenados.

122. Cuando el santo Noé, bendiciendo a su hijo Jafet, dijo: "Dilate el Señor a Jafet, habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su siervo" (Ibid., 27); dijimos antes que Jafet significa un bien indiferente (Sup., cap. 2). La indiferencia, sin embargo, tiene amplitud, que está en la salud, el vigor, la belleza, la fortaleza, las riquezas, la gracia, la nobleza, los amigos, los poderes, y otros. Pero aunque estos bienes sean indiferentes; sin embargo, han perjudicado a muchos que no los poseyeron con sabiduría y justicia. Pues las riquezas han hecho a muchos ebrios, la nobleza y el poder soberbios, la belleza lujuriosos, cuya influencia ha corrompido la castidad de la mente ajena. Por lo tanto, según el afecto del usuario de lo que hemos dicho, son indiferencias, cuyo uso o está gobernado por virtudes; o ciertamente, sin la gobernación de las virtudes, comienzan a ser un fraude, que pueden ser de utilidad.

CAPÍTULO XXXIII.

De los 350 años que se dice que Noé vivió después del diluvio; luego de la posteridad de Jafet según la letra y moralmente.

123. Ahora, ya que después del diluvio se dice que Noé vivió trescientos cincuenta años (Gén. IX, 28), no creemos que deba pasarse por alto. Pues en trescientos se significa la cruz de Cristo, cuyo tipo liberó al justo del diluvio. En cincuenta está el número del Jubileo de la remisión en el que el Espíritu Santo fue enviado desde el cielo, infundiendo gracia en los corazones humanos. Por lo tanto, con el número perfecto de remisión y gracia, el justo completó el curso de esta vida.

124. De la generación de Jafet, dice, Rodas y otras islas son de las naciones (Gén. X, 5). No sin razón se dice amplitud, ya que incluso en la otra parte de la naturaleza, es decir, la marítima, su generación avanzó. Pues verdaderamente, como amplitud, no se contentó con lo que la naturaleza había prescrito para el uso de los hombres, es decir, la posesión de la tierra: sino que también se adentró en el mar y avanzó hasta las islas. Esto según la letra.

125. Según un sentido más elevado, las cosas que están fuera, que se dicen buenas, riquezas, poderes, honores, se difunden como más ampliamente; y no se contentan solo con lo que está en manos y a la vista: sino que difunden sus deseos lejos y ampliamente, mientras se busca el beneficio de las riquezas de lugares más lejanos, o el honor de más, o el poder más difundido, o el deseo.

CAPÍTULO XXXIV.

Qué tipo de hijo mayor fue Cam, el hijo del impío: y sobre el hijo de Cus, Nemrod, gigante y cazador, cuyo nombre se expone, y de quien se dice que comenzó el reino de Babilonia.

126. Ahora me pregunto por qué razón la Escritura menciona que Cam, el hijo del impío, fue el mayor. Hay dos tipos de tierra, una como arenosa y polvorienta, o mejor dicho, para ser más preciso, polvo: otro tipo de tierra fructífera y fecunda, es decir, tierra más sólida y profunda. ¿Qué genera el impío sino polvo, del cual no puede haber generación? Por eso el Profeta comparó a los impíos con el polvo diciendo: "No así los impíos, no así, sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra" (Sal. I, 4). Porque incluso según un sentido más elevado, el alma de los impíos es infecunda, que no puede generar frutos útiles.

127. ¿Por qué razón también Cus engendró a Nemrod, el gigante, que era cazador ante Dios? De donde se dijo: "Como Nemrod, gigante cazador ante Dios" (Gén. X, 9). ¿Qué otra cosa generaría el polvo y la arena, sino un hombre terrenal; porque el impío prefiere las cosas terrenales a las celestiales? Pues las fábulas introducen a los gigantes queriendo luchar contra las alturas, y pensaron que se podía escalar a lo celestial con un ascenso terrenal.

128. Sin embargo, en un sentido más elevado, se significa que quien ama los placeres terrenales, los sigue, y piensa que con ellos puede llegar a la gracia de Dios, y que el reino celestial debe ser llevado por tales errores, lucha con afecto contumaz contra lo celestial. Por eso también es un proverbio sobre quien ha pecado: "Como Nemrod, gigante cazador ante Dios". Nemrod, sin embargo, se dice por interpretación que significa Etíope. El color del etíope significa las tinieblas del alma y su suciedad, que es adversa a la luz, carente de claridad, envuelta en tinieblas, más similar a la noche que al día. También el uso del cazador

en los bosques, su conversación entre fieras y bestias. Por lo tanto, el irracional se mezcla con pasiones irracionales; y el cazador de este tipo suele explorar las cosas que son de malicia agreste y dura, y deleitarse en ellas. Finalmente, el principio del reino de este Nemrod fue Babilonia, es decir, confusión; porque la malicia y el poder no están en la simplicidad y pureza, no en la distinción de la virtud, sino en la confusión de los vicios.

FRAGMENTO DEL LIBRO SOBRE EL ARCA DE NOÉ.

Como es aquello en el libro que el beato Ambrosio escribió sobre el Arca de Noé: "Por uno solo, dice, el Señor Jesús se declara la salvación venidera para las naciones, quien solo pudo ser justo, cuando toda la generación erraba, a menos que nacido de una Virgen no estuviera sujeto al privilegio de la generación. He aquí, dice, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre, dice aquel que se consideraba justo sobre los demás. ¿A quién, pues, llamaré justo, sino a aquel libre de estos vínculos, a quien no atan las cadenas de la naturaleza común? Todos bajo pecado desde Adán, en todos reinaba la muerte. Que venga solo el justo ante la presencia de Dios, de quien ya no se diga con excepción: No pecó con sus labios, sino que no cometió pecado. A este dile si te atreves, etc."

Este fragmento es citado por Agustín en dos lugares, a saber, l. II contra Jul., c. 2, y l. IV contra dos epíst. Pelag., cap. 11. Creemos que estas palabras pertenecen al final del capítulo tercero; para que cualquiera pueda deducirlo de la comparación de ambos.